

# LA JOVEN EUROPA

## HOJAS DE LA EUROPA ACADÉMICA COMBATIENTE

---

1943

CUADERNO 5

### ÍNDICE

<i>Ernest Renan:</i>	El Deber de Europa
<i>Prof. Dr. G. A. S. Snijder, Amsterdam:</i>	La propia vida de Europa
<i>Coronel Blau, Estado Mayor del Ejército Alemán:</i>	El espíritu militar en la comunidad de naciones europea
<i>M. Barraso Hernández, División Azul:</i>	Pensamientos en la División azul sobre la cruzada anticomunista
<i>Ingeniero Diplomado Kauko Leiponen, Helsinki:</i>	Estudiante y obrero
<i>Jacques Schweizer, Paris:</i>	La voz de la juventud francesa
<i>Prof. Dr. Carlo Emilio Ferri, Presidente de la Facultad de Ciencias Políticas, Universidad de Pavia:</i>	Propuestas para trabajos mancomunados europeos
<i>Prof. F. Orsós, Budapest:</i>	El vencimiento del peligro biológico para Europa
<i>Dr. Thras. Georgiadis, Atenas:</i>	Música occidental
<i>Dr. Werner Meyer, Schafhouse, Suiza:</i>	El imperativo europeo
<i>Emperador Federico II:</i>	El asalto del Asia Central. Una proclama europea
<i>Gaspar Melchor Jovellanos:</i>	Organización y valores intrínsecos del Estado
<i>Dom Duarte:</i>	Principios sobre la formación de la vida
<i>Vincenzo Gioberti:</i>	El instrumento de la voluntad divina

EDITOR: INTERCAMBIO ACADÉMICO CULTURAL

¿QUÉ ES MÁS HERMOSO QUE EL CIELO  
QUE ABARCA A TODA HERMOSURA?  
YA LO ANUNCIAN SOLO LOS NOMBRES  
COELUM Y MUNDUS;  
EL ÚLTIMO SIGNIFICA PUREZA Y ORNATO,  
EL PRIMERO OBRA DE ARTE.  
LA TAREA DE TODA CIENCIA,  
CONDUCIR AL ESPÍRITU HACIA LO MEJOR,  
PODEMOS CUMPLIRLA EN MEDIDA SUPREMA,  
HACIENDO AL MISMO TIEMPO INCREÍBLEMENTE DICHOSO  
AL CORAZÓN HUMANO.

¿PUES QUIEN AL OCUPARSE CONTINUAMENTE  
DE LAS COSAS QUE HA CREADO EN UN ORDEN PERFECTO,  
VIÉNDOLAS DIRIGIDAS POR EL REINO DIVINO,  
AL CONTEMPLARLAS CONSTANTEMENTE  
Y AL TRATARLAS EN LA INTIMIDAD, POR DECIRLO ASÍ,  
QUIEN NO SE ENTUSIASMARÍA POR EL SER SUPREMO,  
ADMIRANDO AL CREADOR DE TODAS LAS COSAS,  
EN EL QUE ESTÁ CADA DICHA Y TODO BIEN?

*De la obra «De revolutionibus orbium coelestium».*  
*Primera edición publicada en Nuremberg en 1543.*  
*Para el aniversario de la muerte del gran investigador alemán*  
*hace 400 años*

**NICOLÁS COPÉRNICO.**

1543.

1943.





## **EL DEBER DE EUROPA**

EN MIS OBRAS TANTO ME HA AYUDADO EL EXTRANJERO COMO MI PROPIO PAÍS; MURIENDO LLEVARÉ EN MI CORAZÓN EL AMOR POR EUROPA JUNTO CON MI AMOR POR FRANCIA; QUIERO PONERME DE RODILLAS PARA ROGAR HUMILDEMENTE A EUROPA, QUE NO SE DESGARRE EN CELOS FRATRICIDAS, SINO QUE SIEMPRE TENGA PRESENTE SU DEBER Y SU OBRA COMÚN: LA CULTURA.

**ERNEST RENAN, FILÓSOFO FRANCÉS,  
1823—1892.**

PROF. DR. G. A. S. SNIJDER, AMSTERDAM:

# La propia vida de Europa

FORMAS Y RUMBOS DEL ESPÍRITU EUROPEO

El subir a los montes siempre nos parece una experiencia característica: se siente a la subida penosa como si fuese una obra y si al fin incluso se halla una «primera ascensión» a un pico no alcanzado hasta ahora entonces al alpinista valiente no solo le recompensa la conciencia de haber salido vencedor de la naturaleza, no solo el goce del paisaje en el fondo creado por él mismo, goce que le proporciona el panorama obtenido por fin, sino también puede contar con que su nombre subsistirá en el círculo de los simpatizantes.

Pero solo a pocos montañistas les ha sido dado dejar sus huellas en la historia de la humanidad y precisamente estos no fueron «alpinistas» en todo el sentido de la palabra. A lo más se podría llamar así a Petrarca que «como primer hombre moderno» según lo llamó Renan subió al Mont Ventoux con la intención expresa de disfrutar de la belleza del paisaje que le rodeaba, cultivando así un nuevo sentimiento para la naturaleza.

Mucho menos conocido como montañista es el griego Geminus. En la literatura técnica del ramo solo ha dejado un modesto recuerdo. Vivía a comienzos de nuestra era en Rodas y nos contó lo que él y muchos otros griegos experimentaron al subir al monte más alto de la isla. «Muchas veces» dice «suben a través de las nubes y contemplan entonces bajo el pico del monte la estructura de las nubes.»

Esto es una participación pequeña e insignificante y sin embargo tiene una importancia general. Pues aunque Geminus ya no sea conocido casi, la sensación que se expresa en su observación en tal medida ha devenido bien común de todas las naciones que se llaman europeas que en este caso ya es imposible hablar de «rastros» y de «huellas». Si de la cultura europea se eliminaría la observación constructiva, la contemplación sistemática de la realidad — pues en el fondo esto es el contenido del concepto griego *theorein* — esto no sería otra cosa que romperle la columna vertebral.

Todos conocemos el verbo griego *theorein* por nuestra palabra *teoría* que ha penetrado en todas las lenguas europeas. Para algunos podrá tener un dejo algo «teórico», a veces se le empleará también en un sentido muy poco griego, sin embargo es indispensable. Y

aunque al amontonar nuestra «theorein» la «contemplación» pase algunas veces demasiado al segundo término el contenido que consiste en dar un sentido a la realidad queda conservado en todo caso. Y con esto creo que damos con el núcleo de la ideología griega y al mismo tiempo con él de la europea. Cuando los griegos y cuando nosotros «contemplamos al mundo» partimos de la condición o digamos tranquilamente de la fe que tiene un *sentido* y que este sentido se expresa en él. Sin embargo la percepción griega y la nuestra no es solo una simple y creyente contemplación del ser y del devenir en torno nuestro y dentro de nosotros mismos, sino más bien — como ya indicamos antes — un *mirar* constructivo, racional que divide pero también une, buscando relaciones. Preguntando y contestando nuestro *espíritu* interviene siempre en el mirar y en el observar. Condición y complemento de esta actitud de una conciencia sumamente pronunciada del yo, que siempre y en todas partes se busca su «objeto», es la firme convicción, la fe que en el fondo del yo reinan las mismas leyes, la misma regularidad que dirige al mundo externo.

Si el ojo no sería como un sol  
jamás al sol sabría contemplar.

¿Si en nosotros no estuviese la fuerza propia de Dios  
cómo lo divino podríamos admirar? (Goethe)

## La pregunta del Fausto

Ahora Geminos en su monte contempla a las nubes a sus pies y *al mismo tiempo* comprende que están relacionadas, que también aquí existe un orden, una disposición (*systasis*). Él mismo probablemente hubiese llamado a este orden y a esta disposición naturaleza sin más ni más, *physis*. Nosotros que con demasiada facilidad perdemos de vista la identidad de la ley interior y de la exterior, en este caso hablamos a menudo de una ley de la naturaleza o de una regularidad y tendemos a combinar con esto la idea que la naturaleza fuese «sometida» a la ley y a veces que esta ley sería una creación de nuestro espíritu. Para el griego la naturaleza misma es la ley — de modo que a él no le tocaría el reproche de aquél japonés ingenioso, según el que el europeo cree deber crear al mundo siempre de nuevo, por lo menos para si mismo. Pero en el fondo esto son pequeñas divergencias y desvíos sin importancia.

Lo principal sigue siendo que nosotros lo mismo que los griegos nos colocamos *frente* a todos los fenómenos, que la conciencia pronunciada de personalidad nos induce siempre de nuevo al diálogo, al preguntar y contestar y que la fórmula más sencilla a la

que se puede reducir esta pregunta eterna: «¿Porqué...?» aparece como un símbolo del espíritu europeo. Pues esta pregunta nos empuja adelante, de cada contestación a un nuevo ¿Porqué? — y así comprendemos y construimos un sistema, percibimos el orden inherente de las cosas y aspiramos a hallar el sentido, la contestación a la última pregunta «¿qué es lo que en el fondo une al mundo?»

Esta es una necesidad, una capacidad que a veces casi podría devenir torturadora como las conocidas «conversaciones del porqué» con niños pequeños y que entonces ante las últimas cuestiones nos hacen refugiarnos en la religión. Pero lo importante es que son «las últimas cuestiones» a las que llegamos por este rumbo del preguntar y contestar; y cuanto más en serio el hombre tome la vida tanto más avanzará por este camino. Da lo mismo en donde vivamos, que sea en Cádiz o en Helsinki, en Narvik o en Sofía, en este sentido todos somos iguales, todos europeos. Pues esta actitud es propia de todos nosotros, por disposición y por educación y por torturadora que sea a veces no quisiéramos y no podríamos prescindir de ella. Pues corresponde a nuestro ser más íntimo y forma la base del entendimiento entre todos los europeos.

No se podrá suponer probablemente que los griegos antiguos hayan descubierto dentro de sí a este *espíritu europeo*. Pero que lo hayan elaborado dentro de sí como un fino instrumento, un arma noble, perfeccionándolo de un modo ejemplar, eso sí que es un gran mérito y es por eso que hasta la fecha todavía sean nuestros educadores: la filosofía europea y el arte, la ciencia europea y también la técnica se basan en su obra que se distingue netamente de todo lo precedente, más que nada de la obra oriental. De buena voluntad todas las naciones europeas han pasado por su escuela, no por «aprender» algo que les fuese extraño, sino porque sentían instintivamente que poseían la condición de esta educación, la misma estructura psíquica. Y satisfechos podemos constatar que los discípulos han encontrado su propio camino y que las distintas naciones europeas han hallado en esta *base común* culturas de tinte *propio* y de sello *propio*.

## El orgullo europeo

Y además: incluso descendientes de la cultura europea como los *norte-americanos* respecto a lo espiritual hablan *nuestra* lengua — por mezquinamente que sean capaces de hacerlo. Pero sí es demasiado pedir, si ellos como principiantes se figuran ahora ya, que nosotros los europeos debíamos amoldarnos a su balbuceo para



ser escuchados y valer algo en el mundo. Entonces tampoco vacilo en declarar que esto nos lo prohíbe nuestro *orgullo de europeos* y no creo que sea una presunción sentir este orgullo. Sin ocuparnos aquí más a fondo de su motivación podemos sin embargo responder con otra pregunta: ¿Hasta ahora; qué obra verdaderamente *cultural* capacita a Norte-América para competir con la cultura europea? ¿Y cómo estaría en condiciones de ello? Hasta ahora en la organización estatal no ha salido de una realización consecuente — ¡realmente ad absurdum! — de las ideas simples y equivocadas de la revolución francesa — es verdad que solo con esta empieza la historia norte-americana. De una formación de la conciencia nacional apenas existen los primeros indicios en esta mezcolanza de europeos desarraigados. Y sus mejores individuos o son europeos o han sido educados por Europa. No necesito insistir en que no aludo con ello a la «inteligencia judía» exportada y emigrada. Que América misma vea como se las arregla con este problema con el que ha cargado ahora. ¡Ya llegará la hora!

En cierto sentido también los rusos viven de la cultura europea. Pero sin embargo no quiero llamar «cultura» a la *organización*, a los trabajos técnicos, a la realización de inspiraciones judías. A pesar de ello la actitud espiritual sigue siendo asiática central y completamente ajena a nosotros. Podrá tener sus ventajas y su valor particular — ¡pero no para nosotros!

Para su propia vida Europa no necesita este evangelio del Este ni tiene que vivir como América de un pobre puñado de «ideas». Cuando América solo comenzaba Europa llevaba ya una larga experiencia rica y sangrienta también. Y si ahora vemos que Norte-América con su satélite inglés — ¡Mr. Churchill ya se dará cuenta, qué puesto le está reservado a él y a su pueblo! — nos presenta proyectos seductores y nos los recomienda como si fuesen *la salvación, el orden del mundo*, entonces no es fácil que ignoremos, que también estas construcciones son de «espíritu europeo», que trabajan con asociaciones de ideas que no nos son desconocidas. Al contrario: ¡demasiado familiares nos son!

### «¿Porqué?»

Y cuando abordamos a estos problemas con nuestras preguntas, cuando al considerar la alternativa que nos ofrecen desde Norte-América nos preguntamos fría y prosaicamente: «¿Porqué... si, *porqué* es que hacemos esta guerra contra hombres que según su propia declaración solo quieren hacernos felices?» — entonces debemos pensar precisamente en esta nuestra rica *experiencia* como

Europeos. Sobre todo debemos pensar en que *nuestra* experiencia nos enseña que *en la vida de los pueblos* hay asuntos principales y hay bagatelas y que pueblos que se separan de las fuentes principales de su vida, dedicándose a las inclinaciones especulativas de sus ciudadanos, se han extinguido y también se extinguirán en el porvenir. De este modo nos será fácil pasar por alto contrariedades y restricciones temporales y en este caso *no* «devenir como los niños chicos» que siempre y para todo lanzan su «¿Porqué?», a lo mejor sin sentido todavía.

*Naturalmente* nos es antipática toda esta guerra como guerra — ¡sin duda al Führer más que a nadie! — esta guerra que nos llama del trabajo tranquilo y amado en las clases, los laboratorios y seminarios, conduciéndonos a un oficio que seguramente no amamos *por sí mismo*; esta guerra que nos obliga a estrecharnos y a oscurecer nuestras casas y ciudades.

*Naturalmente* cada uno de nosotros prefiere la paz y una libertad personal más extensa.

Pero todas estas cosas no tienen importancia junto a las cuestiones decisivas mayores y además todas ellas reunidas no representan la guerra sino únicamente son consecuencias — y bagatelas. Todo «¿Porqué...?» pronunciado en este conjunto nos lleva forzosamente a la contestación: «Guerra».

Precisamente por eso también la pregunta por el «¿Porqué...?» de esta guerra es muy grande, abarcadora e importante y en esto tampoco basta ni mucho menos preguntar por las causas, sino buscamos los motivos, incluso queremos llegar *al* motivo. Pesquiando este motivo puede ocurrir que la experiencia sangrienta de nuestro continente nos advierta que ya es hora de traernos a la memoria nuestra *unidad* y nuestra *existencia*. Por cierto no en primer término porque sean amenazadas del exterior tanto por el Este como por el Oeste. Pues exteriormente lo mismo el Este que el Oeste también nos ofrecen una existencia, una unidad — ¡incluso una unidad muy por encima de la que nosotros mismos deseamos!

Pero tampoco aludimos a *esta* unidad y existencia. No tenemos la menor intención de devenir un tropel de animales, dirigido y administrado por los «señores» del Cremlin o de la Casa Blanca de Washington, encubierto por una civilización uniforme que ya no tiene ni color, ni forma, ni sal. Aunque en el porvenir tengamos que recordarnos más bien de lo que *unifica* que no de lo que separa a las naciones, sin embargo seguimos aferrados a una variedad y particularidad que solo garantizan *la profusión del conjunto*.

## El gran edificio

Este conjunto es la unidad a la que *nosotros* aludimos y que no consiste en una mezcla ilimitada y confusa de *todo*, sino en la unificación limitada de lo que nacionalmente, es decir por su disposición espiritual y su ser físico, forma realmente un conjunto. Solo entonces la palabra *nación* halla su sentido verdadero y auténtico de una comunidad de los que están unidos *por nacimiento*.

En cambio las nuevas naciones en la Europa unificada se declaran solidarias en virtud de su cultura común. Puede y debe reinar también en ella la profusión de las diferencias y variedades — ¡la base de nuestra cultura, fundada primeramente por los antiguos griegos, nos basta, es más, es nuestro orgullo! Y a *cada cual* — que sea bolcheviquista o anglo-americano — le negamos la licencia de conducirnos o incluso el derecho de hacernos prescripciones a ese respecto. No poseemos ideales que hagan felices a la humanidad entera, no se nos ocurre querer dirigir a los americanos y no tenemos ni la necesidad ni el deseo de entremeternos en los asuntos asiáticos de los bolcheviquistas. Comparadas con las suyas nuestras exigencias son todavía bastante modestas: ¡solo queremos establecer el orden *en la propia casa!*

Y si el uno o el otro nos pregunta: «¿Qué es nuestra propia casa?», entonces la contestación debe ser: «¡Europa!» Pues Europa es el edificio que *espiritualmente* ya hemos habitado juntos desde siempre y que ahora comprenderá a las casas que cada uno de nosotros habitaba hasta la fecha como las distintas habitaciones de una construcción global. Por eso es nuestro deber pensar primero en el gran edificio que levantamos todos juntos.

No siempre será fácil esto. También aquí surgen preguntas: «¿Porqué?» Y también aquí todavía hay bastante dudas. Nadie negará que todavía hay que sobreponerse a muchas durezas, sí incluso eliminar muchos defectos de construcción. Pocos deberán sentir esto más claramente que yo, puesto que pertenezco a un pueblo que ya ha perdido mucho en esta guerra, que vió hundirse mucho de lo que había llegado a amar y que solo acaba de encaminarse por el rumbo nuevo, vacilando todavía.

Quien esté animado por los mismos sentimientos o por sentimientos parecidos ha de considerar que dolores de parto nunca dejan de ser dolorosos — y sin embargo dan a luz la vida nueva.

**CORONEL BLAU,**

**ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO ALEMÁN:**

## **El espíritu militar en la comunidad de naciones europea**

Desde el principio de la guerra entre la Gran Alemania y la Unión Soviética han pasado por la mayoría de las naciones europeas movimientos que aspiraban a poner las propias energías nacionales al servicio del cumplimiento de la tarea europea común. Parecía como si la acción militar preventiva de la conducción alemana contra el enemigo más peligroso de la cultura y de la civilización occidental hubiese librado también a la existencia nacional de las demás naciones europeas de una opresión política y espiritual, que desde hacía tiempo había surtido el efecto de un peligro intrapolítico y exterior pero ante todo también de un peligro espiritual. Es verdad que en los dos primeros años de guerra ya había surgido cierto espíritu de solidaridad europea, que después de la expulsión de Inglaterra del continente se manifestó cada vez con mayor vigor. Este espíritu de solidaridad se basaba en la comprensión secular que los objetos de la política inglesa tradicional siempre tenían que contrastar por su carácter con los intereses reales de las naciones europeas. La política inglesa de postguerra había probado suficientemente por su avasallamiento de la Francia solo aparentemente victoriosa a los intereses británicos y por su actitud de árbitro adoptada muchas veces en la llamada Sociedad de Naciones que sin embargo no obligaba a nada, que la llamada política del equilibrio europeo en realidad no era otra cosa que un procedimiento metódico para atenuar sistemáticamente a las potencias políticas del continente. El papel de árbitro usurpado por Inglaterra en todos los asuntos europeos no era nunca otra cosa que la manifestación del propósito político de impedir la formación de un sólido núcleo de poder continental, incitando hábilmente unos intereses nacionales contra los otros opuestos. La tentativa de Alemania y sobre todo la del Führer mismo de probar a Inglaterra, que la formación de un sólido núcleo político en la Europa central no tendría que amenazar ni mucho menos a la integridad del imperialismo británico, representado por la organización política y económica internacional del Empire, se frustró por la incompre-

sión obstinada de la clase directiva inglesa, influenciada por la polémica universal entablada contra el nacionalsocialismo. Cuando después de la batalla de Dunquerque el último soldado inglés se retiró de la tierra firme europea y cuando por fin la victoria alemana—italiana en los Balkanes acabó muy pronto con la presentación reiterada de fuerzas militares inglesas — entonces ya se había impuesto victoriosamente la formación de las jóvenes energías europeas contra Inglaterra. Más todavía: la mayoría de las naciones europeas comenzó entonces a comprender que la separación espiritual entre Inglaterra y Europa ha devenido ahora un hecho.

Pero naturalmente esta comprensión tenía que dar lugar a consecuencias excepcionalmente rigurosas en el momento en el que la Inglaterra expulsada de Europa empezara a hacer causa común política y militar con el Estado más antieuropeo por su carácter: con la Unión Soviética. Con la alianza de estas dos potencias se formó directamente una Antieuropa que amenazaba a la existencia cultural de la Europa verdadera y a la estructuración política y social de cada una de sus naciones. Más en el mismo momento una palabra de Goethe adquiere validez, remitiéndola a esta alianza. Pues en la borrasca del espíritu de solidaridad europea cada vez más despierto la Anti-Europa se mostró como perteneciente a esa potencia que siempre quiere lo malo y sin embargo siempre crea lo bueno. Pero lo bueno creado en este caso era el impulso propulsor de las naciones europeas de defender ahora también con la sangre de sus hijos al santo legado de la cultura y de la civilización occidental. El espíritu de solidaridad, cuyo defecto tuvieron que pagar las naciones europeas con muchas luchas reñidas y sangrientas, se despertó en los mejores de estas naciones en vista del peligro imponente que amenazaba al mismo tiempo desde la isla inglesa y desde la Rusia bolcheviquista. Con ello la importancia de la guerra actual superaba al conflicto entre distintas naciones y ahora se clasificaba también exteriormente en la época incipiente de las grandes explicaciones ideológicas y continentales.

Hoy podemos considerar más de un año de esta experiencia de lucha común, en la que el nuevo espíritu militar europeo recibió su primera consagración. Desde hace más de un año las columnas de marcha de las unidades europeas van por las mismas carreteras en una misma dirección contra el mismo enemigo. Muchas veces hombres de casi todas las naciones mano a mano han recibido el bautismo de fuego luchando en los combates y en las batallas del Este hasta ganar la victoria. Sabemos que nada une tan estrecha

y durablemente a los hombres que la sangre derramada en una lucha común. Visto desde Europa actualmente el frente del Este marca a ese espacio del que la futura vida europea recibirá sus energías más vigorosas. El gran compañerismo europeo nacido en el frente del Este ya no deja lugar a la idea que aquellas naciones cuyos soldados se oponen actualmente al peligro del bolcheviquismo luchando juntos pudiesen volver a marchar jamás las unas contra las otras.

Al contemplar a las unidades europeas que actualmente se hallan en el frente del Este se da uno cuenta, como con muchos mosaicos distintos ya empieza a formarse un nuevo cuadro impresionante de la nueva Europa.

Alrededor del núcleo del ejército alemán se agrupan los ejércitos de los Estados aliados. Entre ellos quiero mencionar en primer término al glorioso *ejército finlandés*, que año y medio antes de estallar la gran lucha durante una guerra de invierno penosa y sangrienta ya ha aguantado solo el asalto de las fuerzas bolcheviquistas. Hoy podemos decirlo francamente, que entonces hemos participado fervorosamente con nuestros corazones en la lucha de la nación finlandesa contra la intervención brutal de los potentados soviéticos, aunque nuestras manos estuviesen atadas política y militarmente por necesidades superiores. Entonces como ahora la personalidad del Mariscal Mannerheim representaba para nosotros no solo el más noble espíritu militar, sino también la conciencia suprema de responsabilidad humana frente a su patria y frente a Europa entera.

Después de los soldados finlandeses se presentaron en el espacio oriental los soldados de *Italia*, primero dentro de un cuerpo expedicionario al mando del General Messe pero ahora desde hace tiempo ya con la energía compacta de los ejércitos que precisamente en las batallas de este año han soportado una gran parte de los sacrificios pero que también pueden reclamar una parte correspondiente de la gloria militar.

Lo mismo hay que decir de las *secciones del ejército rumano*, que han sostenido victoriosamente las luchas más duras en el sector meridional del frente del Este. Los nombres Odessa, Sewastopol, Stalingrado y Cáucaso junto con el del Mariscal Antonescu y el de sus tropas para siempre están inscritos gloriosamente en el libro de la historia de guerra rumana.

También el ejército *húngaro* y el *eslovaco* han realizado hazañas supremas entregándose espontáneamente al mando de sus jefes acreditados, de los que muchos llevan la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro y con la sangre de sus hijos derramada frente al

enemigo han creado las condiciones para la cooperación futura de sus países en las tareas de la nueva Europa.

*La División Azul española* fué la primera organizada como formación independiente de voluntarios, para manifestar con su sangre la adhesión de España a los países del Eje. Es natural que precisamente la flor nacional de España quisiese participar no solo con sus simpatías sino también con su acción en la lucha contra el bolcheviquismo. La prueba terrible de la guerra civil cuya sombra tiembla todavía hoy en día sobre la vida del pueblo español era al mismo tiempo un ensayo general que la conspiración bolcheviquista organizó con la conciencia de Europa. Y en vista de la alianza actual entre Inglaterra y la Unión Soviética la actitud impenetrable de la política inglesa durante la guerra española adquiere un significado que solo los muy cortos de vista no pueden ver y apreciar debidamente. En el horror de la guerra civil, en medio de los sufrimientos inmensos que atacaron a innumerables familias españolas fué sembrada aquella simiente de la que ha surgido la División Azul española, fué templado ese espíritu con el que ya hace más de un año hace su guerra sin cuartel contra el enemigo bolcheviquista, cuyo sistema peligroso de lucha conoce de su propio país. Con eso los jóvenes voluntarios españoles tienen la ventaja de una experiencia que hace su lucha inexorable.

Pero su entusiasmo no es solo una exaltación sentimental, sino ante todo el resultado de una comprensión inevitable, que en la lucha europea en el Este está en juego todo lo que es santo y valioso para los hombres de todas las naciones europeas: la integridad nacional de las naciones, la conservación de la familia y la preservación de las grandes tradiciones espirituales bajo cuyo símbolo se halla la vida de nuestro continente.

El reconocimiento unívoco del peligro ha sido también lo que indujo al *Jefe del Estado croata* a enviar al Este *voluntarios croatas*, porque en el exterminio del bolcheviquismo ve la realización de una parte de la obra de su vida. Al regresar de una visita al frente del Este declaró, que sus sospechas anteriores acerca del peligro del bolcheviquismo habían sido sobreexcedidas con mucho por lo que acabada de ver ahí mismo. Durante su vuelo en el Este se había dado perfecta cuenta, que si el Führer hubiese esperado más tiempo, toda Europa hubiera sido devorada por el bolcheviquismo, puesto que ya muchos años antes de la guerra el bolcheviquismo había reorientado toda su potencia productora para forjar acero y armas, a fin de lanzarse al ataque contra el mundo civilizado en el momento oportuno.

Pero a este bloque de los ejércitos alemanes y aliados se han unido también voluntarios de los Estados *neutrales* e incluso de los antiguos Estados *enemigos*. Y eso es un proceso que tiene una importancia simbólica para el profundo arraigamiento ya existente de la comunidad de destino europea en las distintas naciones. Precisamente en los Estados neutrales a menudo predomina naturalmente y por tradición un ambiente espiritual que no es favorable al sacrificio militar voluntario. Tanto más hay que apreciar, si hijos de estos Estados se ponen a la disposición de la lucha europea comprendiéndola como fatal, sobre todo porque muchas veces por este sacrificio militar quedan aislados personalmente dentro de ciertos círculos de sus compatriotas no siempre comprensivos. Esto vale particularmente por los hombres que han acudido al frente del Este viniendo de las filas de los antiguos Estados enemigos. La decisión de estos hombres dilucida claramente el vigor de la nueva Europa, que muchas veces va madurando a escondidas y es más que una construcción política, más que un equivalente diplomático de la Charta del Atlántico del enemigo, es decir una necesidad elemental política y cultural que ya existía desde hace tiempo pero que por la lucha decisiva en el Este también ha hechado rápidamente raíces poderosas en los pensamientos de las naciones europeas que hasta ahora todavía se mantenían apartadas.

Cada una de estas legiones ha brindado su hecatombe muchas veces considerable comparada con su efectivo total. Entre estas víctimas nos acordamos sobre todo del comandante de la *legión danesa*, el Tenientecoronel Freiherr von Schaelberg.

La juventud consciente se ha unido para hacer frente al asalto bolcheviquista contra los valores de la cultura europea, rodeándolos del muro vivo de sus cuerpos como de una barrera. Para eso se han formado en fila los voluntarios españoles, croatas y daneses. Pero para eso también se sacrifican los legionarios de aquellas naciones, que aún a principios de esta guerra estuvieron luchando contra nosotros: los franceses, los valones, los noruegos, los flamencos y los holandeses. Su presencia en las filas de los ejércitos que luchan en el Este es lo que nos permite apreciar claramente toda la grandeza de esta lucha europea. Si solo echamos una mirada retrospectiva sobre el pasado de hace dos años nos damos cuenta, qué desarrollo histórico imponente se manifiesta en el simple hecho que antiguos adversarios de las grandes batallas en Bélgica y en Francia actualmente son miembros del compañerismo del frente en el Este, representados por sus mejores hombres y a base perfectamente voluntaria. Estos franceses y estos belgas no por eso aman menos a su propia patria. Sentirán con pena la derrota



que sus pueblos han sufrido en la lucha contra Alemania. Pero este dolor patriótico no los ha agobiado ni los ha hecho desesperarse. Encima de él han vuelto su mirada hacia el destino europeo, cuando estalló la guerra alemana-soviética. Y no han vacilado al obedecer a esta voz interior que les mandaba el sacrificio de su propia vida en el frente del Este. Este sacrificio, estamos convencidos de ello, también repercutirá algún día en beneficio de sus naciones cuando pueda comenzar la reorganización de Europa bajo condiciones pacíficas. Bajo el signo de esta esperanza ellos y sus familias también han cargado con la enemistad que les ha aportado la incompreensión existente todavía en una parte de sus compatriotas. Bajo el signo de esta esperanza muchos de ellos han sabido morir.

La juventud europea que lucha en las formaciones de voluntarios en el frente del Este no fué inducida a su sacrificio por violencia o por el arte de persuasión propagandista, según ha sido pretendido por nuestros enemigos. Antes bien obedecía a la voz de su propia conciencia.

Es incontestable que este hecho tendrá repercusiones considerables en la plasmación del porvenir europeo. Ya los resultados que se notan en el presente son profundamente impresionantes. Primeramente todos estos legionarios han presenciado desde muy cerca el «descubrimiento» del llamado «paraíso soviético». Ya hoy en día atestan ante sus naciones, que el trabajo de la Tercera Internacional dentro de las fronteras de los distintos Estados europeos se basa en un engaño consciente acerca de las condiciones que reinan en la Unión Soviética.

Además demuestran ante todo el mundo la falta de responsabilidad de aquellas potencias que remitiéndose a los valores humanos supremos se han aliado con el bolcheviquismo, creyendo sin embargo poder cerrar los ojos ante su realidad terrible. Pero por último en la hora decisiva actual sostienen la verdad del axioma que en las horas de peligro mortal para toda Europa ya no puede haber ninguna llamada neutralidad, sin que sea al mismo tiempo síntoma de una falta grave de valor y de responsabilidad.

No en último término hace falta considerar que al terminar la guerra los voluntarios de las naciones europeas estarán llamados indudablemente a hacerse cargo de tareas particulares dentro de sus países. Ante todo están llamados a cooperar para agregar sus países a la nueva construcción europea. Su derecho a una cooperación decisiva en esta tarea resulta del hecho que fueron los primeros para reconocer al fin europeo común y que estuvieron dispuestos a derramar su sangre para lograrlo.

Así es que la idea europea ha atraído irresistiblemente en casi todos los pueblos del continente a la juventud capaz de entusiasmarse, que por su sacrificio denodado como organismo sano ha abierto el camino a las distintas naciones hacia una nueva vida de comunidad europea.

Junto a estas unidades voluntarias de legionarios de la juventud europea debemos mencionar todavía a otro modo de participación de naciones europeas en la lucha contra el bolcheviquismo. Con breves palabras quiero indicar el hecho, que desde hace algún tiempo también algunas naciones orientales, que hasta ahora vivían bajo dominio soviético, han enviado voluntarios para la lucha contra sus ex-opresores. Estos voluntarios cuyo número aumenta constantemente y que hoy en día ya es muy elevado, han llegado a conocer al bolcheviquismo bajo su forma verdadera como Estado. En el transcurso de los últimos 25 años han tenido que experimentar, cómo la burocracia y el terrorismo del partido destruyeron a sus peculiaridades nacionales para poder crear sin estorbo a la masa uniforme, incapaz de resistencia del llamado «pueblo soviético». Han visto como su sistema social fué destruido y como se burlaban de su tradición nacional en favor de un día de trabajo monótono e igualmente miserable en todo el imperio soviético. Por eso no es asombroso, que aquellos elementos de esos pueblos orientales, que han salvado su actividad por encima de la larga época de reducción a la esclavitud se reúnan poco a poco con los ejércitos alemanes y aliados. Por mucho que se distingan algunas de sus razones de las de los legionarios europeos, en el odio contra el enemigo bolcheviquista común se encuentran los luchadores por la libertad de las filas de las naciones orientales con los soldados del resto de Europa.

Así es que del sacrificio militar voluntario y del trabajo voluntario surge ya en plena guerra una nueva comunidad europea. De las tentativas anteriores deficientes de dar a Europa cierto orden de comunidad limitadísimo, acometidas en vano por las distintas «alianzas» y hasta por la Liga de Ginebra, esta comunidad se distingue ante todo por la falta de especulación material y de promesas frívolas.

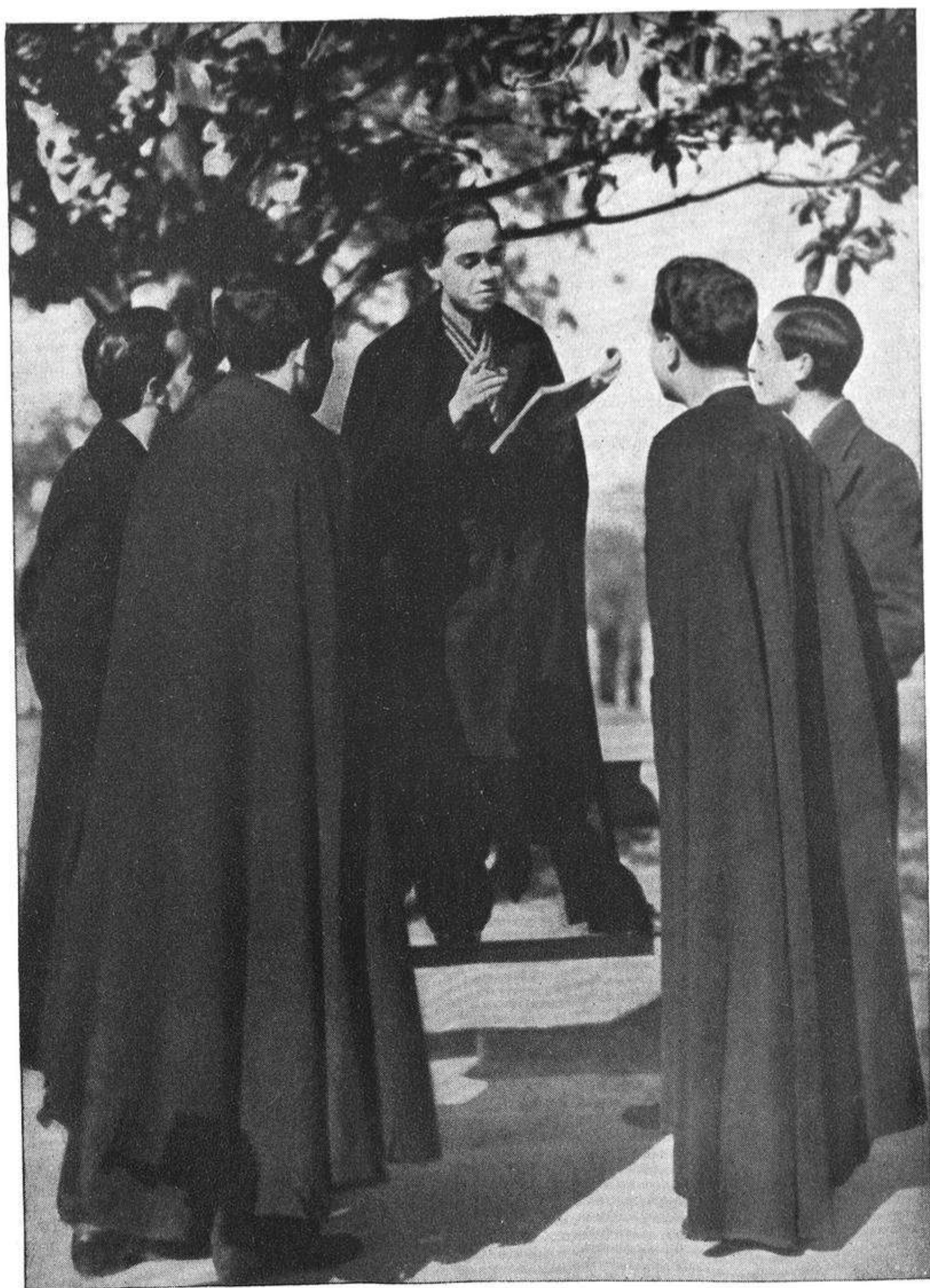
Así se ha formado ese gran frente antieuropeo por contrastante que sea dentro de sí, contra el que se vuelve la conciencia europea con toda su energía vigorosa. Los ejércitos de Europa son la primera manifestación de esa conciencia. Rechazando su peligro supremo Europa ha hallado por fin un objeto común y con ello una nueva gran tarea espiritual y política.

**¡LENA DE CONFIANZA!**



Estudiante de medicina alemana de Colonia

Primavera de 1943



Estudiantes portugueses

Universidad de Coimbra

M. BARRASO HERNÁNDEZ, DIVISIÓN AZUL:

## Pensamientos en la División azul sobre la cruzada anticomunista

La noche es alta, redonda en absoluto. Pero no es una noche de paz. Como en todas «hablan» los fusiles y las ametralladoras. Al soldado le son familiares estas «conversaciones» bélicas; piensa, además, que cuando luchan a muerte espíritu y materia, *este modo de hablar* adquiere música y ritmo. Sobre todo en esta noche, alta y redonda; a propósito para las inquietudes espirituales de un hombre que piensa en su Patria lejana, en sus cielos y en sus orillas íntimos.

En fin. Esta noche es agradable y penetra, entera, en el espíritu. La verdad es que no parece una noche rusa. Las noches rusas fueron siempre oscuras y trágicas— especialmente en los duros inviernos—, y ésta, a más de ser delicada y amiga, está condecorada con un perfecto paisaje lunar.

(¿En qué lucero amigo estarás esta noche tú, camarada del afán y de la escuadra!).

A muy escasa distancia están otros hombres y otras ideas. Parece increíble que en una noche así el enemigo no abra su corazón a la verdad, no venga a engrosar nuestras filas del bien. Ascendería a soñar. Y a vivir con las estrellas. Pero no. Él es el mal, el número, la masa, no más. Y en nosotros está el verdadero estilo del mundo. Que lo diga si no, este soldado español que nos guarda. El está «en su puesto, arma al brazo, bajo las estrellas», y es una fortísima barrera que para intentar franquearla será necesario morir, será necesario entregarse hondamente al valor y al sacrificio; tener estilo, tener espíritu. Y de todo esto, ¡qué sabe esa bestia de enfrente!

La noche avanza. Avanza también el pensamiento. En el tiempo que tarda en fumarse un pitillo, ¡qué de evocaciones y qué de recuerdos!. Ya se ha rezado el rosario. Las mismas plegarias, idénticas palabras siempre. Y por ellas, con ellas y tras ellas, la grata presencia de nuestras madres, el orgullo de nuestras novias, la dulce cercanía de la Patria y de sus paisajes inolvidables. Da gusto pensar que después de todo esto se puede morir, en beneficio de una concepción eterna de la vida, en beneficio de la humanidad, en beneficio de un sentido cristiano, único, *Universal*.

El soldado sueña; sueña despierto. Hay, a veces, un silencio que asfixia. Entonces se desea gritar; gritar a todo; a la noche, a la

vida, a la muerte, al amor... Pero ésta es una noche de guerra y sólo pueden *gritar* las armas. Entre una mortecina luz, recostado en una improvisada cama de campaña— ¡qué española y que gloriosa ésta incomodidad! — el soldado siente que se cierran sus ojos, que *vé* las cosas mejor. Después, duerme, y sube muy alto, entre la dulce armonía de una música maravillosa.

De pronto, una estrella amiga le detiene, le habla:

—Oye poeta: ¿a dónde vas? Conozco tu pasado y tu origen. Tanto o más que tú mismo. Siéntate y háblame; en voz baja, porque en mi país todo se hizo de silencios. Dentro de un instante estarás entre la mejor reunión que conocieron los mundos. Mira: de cada punto cardinal salen luceros. ¿Los ves? En ellos viven nuestros mejores capitanes. Son, como tú, poetas, y por la defensa de una poesía inmortal cayeron un día, una tarde, una noche cualquiera... Alrededor de mí se reúnen. Yo soy de ellos su centro; ya llegan; ¡silencio!

El soldado, entusiasmado, admirado, escucha. Un resplandor enorme casi le ciega los ojos.; pero lentamente aquella luz adquiere para él costumbre, y ve cómo de unos luceros salen otros tantos hombres. Se acercan, se saludan y forman a su alrededor. Después, indistintamente, hablan:

—Hemos aquí, camaradas: Hoy, como ayer, como mañana, como siempre. Y como siempre, con las mismas palabras; palabras sinceras, de consigna, que oiremos con el corazón porque es el corazón quien las dicta.

Escuchadme. Yo soy alemán. Yo soy de la tierra que desde lejos parece seca y dura; sin embargo, cuando un hombre de espíritu penetra hondamente en su contenido íntimo, ¡qué dulces, que poéticos y cómo les cantan sus paisajes, camaradas de las gloriosas renunciaciones! Mirad: aquel es mi pueblo, aquellas son sus mujeres, aquellas son sus torres. Y aquellas casas, entre fuentes y ríos, son las que Adolfo Hitler construyó para el bien vivir del obrero.

Vosotros lo sabeis, camaradas. En cualquier lugar de Alemania hay un sentido artístico de la vida. ¿De dónde los mejores literatos, de dónde la mejor música?

Mi gran Alemania ama la paz, es íntima del paisaje y de la grata armonía. Por eso lucha, camaradas míos. Lucha porque quiere vivir; dignamente, libremente. Porque aspira a un mundo nuevo, a un estilo nuevo, a una eterna poesía universal; por la grandeza de su Imperio y por la felicidad de sus hijos. Por eso me encuentro aquí y en el afán permanente de Alemania y por eso en cada alemán hay un corazón y una fortaleza.

¡Mirad, mirad! Aquellos son mis hijos. ¿Los veis? Entran en la pequeña iglesia a rezar por mi. Despues irán a la plaza azul de la aldea y a otros niños hablarán con orgullo del santo sacrificio de su padre. Por ellos, camaradas de las felices renunciadas, Alemania vencerá.

—Yo soy de Finlandia, el pueblo que no grita nunca para hablar. Yo soy del país de las orgullosas piscinas invernales, del país del silencio y de las gratas conversaciones sin palabras. ¿Dónde la cultura tuvo su asiento más puro? Yo soy, en fin, de aquel pueblo heróico que siempre iluminó al mundo por sus genios y por sus glorias.

¿Quién turbó su paz, quién sembró de dolor sus noches hermanas? Vosotros lo sabeis, camaradas. Y sabeis mucho más. Sabeis también que en cada finlandés hubo siempre una coraza, un fuerte pecho abierto, amigos.

Mi gloriosa muerte es un ejemplo y dentro de ese ejemplo están nuestras dulces mujeres, nuestros inagotables poemas, nuestra fe y nuestro espíritu. Por aquella nieve purísima camina alegremente un anciano. Él representa nuestra fuerte manera de ser, el constante desvelo de mis compatriotas, el deseo inquebrantable de todo mi pueblo: *Vivir*.

Escuchad, escuchad ahora esta bella canción finlandesa...

—Hungria es mi Patria. No hay pueblo con más pulso romántico. ¿En qué lugar del mundo no existe una canción de mi tierra? ¿En qué parte no hay un latido de Hungria? ¿En qué puerto no anclaron unos ojos femeninos de mi Patria?

Hungria es mi pueblo, camaradas de las bellas costumbres. Miradle; está allí. Oid como cantan sus horas; escuchad la palpación de sus campos; penetrad en su incomparable poesia popular. Y sobre todo, escuchad la eterna canción de sus campanas, porque ellas son las que anuncian al mundo el último gesto del último camarada caido.

Como los vuestros, mi pueblo quiere gozar de un futuro mejor. Por eso lucha y por eso vencerá, camaradas de las bellas costumbres.

—Camaradas, amigos del último instante: nos encontramos, exactamente, en lo alto de mi Patria. Porque mi Patria ha sido siempre el centro de gravedad, el punto de mira del mundo. ¡Rumanía!

Ya me conoceis, camaradas. Caí por lo que vosotros caísteis. ¡Cómo florecen los campos del mundo ante nuestro recuerdo! ¿Sabeis? En nuestros países el luto no es ya dolor ni quejido, sino sentido alegre y glorioso de la vida.

Mirad aquel bello paisaje rumano. En él marchan unos camaradas de uniforme. Son los hombres que representan el porvenir, la grandeza y la libertad de mi pueblo, camaradas del alma.

—Yo represento a los caídos de Italia. Yo soy de ese pueblo augusto en el que la palabra Historia tuvo su primer eco, camaradas de siempre. Aquellas ruinas son el mejor símbolo de mi raza. En mis cielos y en mis orillas encontraron los poetas del mundo la mejor anatomía.

Yo he caído por la Italia espiritual, por la libertad de mi pueblo y del mundo, por los niños y las mujeres de la Italia del alma. ¡Cuántos hijos de mi tierra iluminan al mundo desde sus tumbas, camaradas de siempre!

—Yo soy de Francia. Yo soy un camarada. Yo he caído, alegremente, gloriosamente, soldados de la fe y de las bellas auroras. Yo represento, no a la Francia de siempre, sino a la Francia que quiere renovarse, estilizarse, condecorarse con el fruto del bien.

Caí en una triste trinchera rusa, al lado de otro camarada de mi Patria.

Aquellos hombres que veis allá abajo, rencorosos, escépticos, no son franceses, no son patriotas. Dios los conoce, camaradas.

Yo soy de Francia, yo soy un camarada, yo he caído por el triunfo de las verdades eternas.

—Todos los santos me conocen. Todos los mares me conocen. Todos los mundos me conocen. Yo soy de España, de la heroica y masculina España, camaradas del cielo y de la tierra. Lo sabéis, ¿verdad? España, por el triunfo de nuestra razón poderosa, ha ofrecido al mundo una numerosa legión de caídos. Están allí, sentados a la diestra de Dios Padre.

Mirad: aquella es mi Patria. ¡Qué noches y qué lunas, qué paisajes y qué mares azules! De esas noches, de esas lunas, de esos paisajes, y de esos mares, el mundo hizo una extensa constelación de copias. Por eso, en cada dirección de la tierra hay siempre un espejo de su esencia.

Aquellas santas mujeres que llevan lágrimas de amanecer son las madres de los caídos españoles. Ellas fueron nuestro mejor estímulo para la lucha y ellas son las que impulsan a esos camaradas que en las estepas de Rusia dicen una vez más al mundo el estilo de mi pueblo...

Amanece. El soldado despierta. Otra vez la realidad, de nuevo el monótono paisaje ruso. Al lado de él duermen los demás camaradas. ¿Todos? No. En la noche pasada, alta y redonda, una bala enemiga destrozó el corazón de un joven falangista. España ha dado al mundo un caído más.

¿En qué lucero amigo estarás esta noche tú, camarada del afán y de la escuadra?



**INGENIERO DIPLOMADO**  
**KAUKO LEIPONEN, HELSINKI:**

## **Estudiante y obrero**

Estudiante: predicador entusiasta del porvenir y de la fe en la vida de la comunidad nacional — Obrero: personificación del celo cotidiano y grave de la comunidad nacional. ¿Es imposible que se alcancen mutuamente sus ideales y sus campos de acción? ¡No, al contrario! El estudiante y el obrero, animados por un sentimiento nacional europeo, poseen las mismas ideas básicas y los mismos fines estatales. Solo que en la vida los realizan de un modo distinto. El obrero ya no ve en el estudiante al «señorito» y holgazán y el estudiante ya no mira con menosprecio al obrero junto al torno o al barrendero. Llegando a conocer al campo de acción y al modo de pensar del otro comprenden el trabajo especial ajeno y le dan todo su valor.

En Finlandia siempre el estudiante y el obrero se han comprendido bien mutuamente en todos los sectores del trabajo, en el campo, en la fábrica y en la oficina. En Finlandia siempre ha sido intensa la comunicación entre las capas sociales. La estadística del año 1935 demuestra que unas dos terceras partes de los estudiantes pertenecen a la primera generación de instrucción universitaria y en cambio cerca de una tercera parte a la segunda generación, es decir que son hijos de padre o de madre graduados. Unos 50 % provienen de los círculos agrónomos y de la población obrera.

En esta juventud estudiantil misma existían todas las condiciones para formarse un juicio justo sobre la antinomia hipotética entre el trabajo espiritual y el físico y para eliminar de la comunidad nacional el concepto del contraste entre señorito y obrero.

Ya durante los años escolares y más tarde durante su estudio muchos estudiantes han ejecutado trabajos físicos para fomentar su desarrollo y devenir sanos y fuertes. También han ido en aumento el deporte y el movimiento. En las universidades finlandesas quedan muy pocos de los llamados «empollones» consumados. Cuando en el verano del 1939 la amenaza en el Este irguió su cabeza cada vez más los estudiantes marcharon como propulsores al istmo de Carelia para los trabajos voluntarios de fortificación.

Y durante la paz intermedia enseñaron al pueblo finlandés la clave de los nuevos problemas socialistas — el antiguo «talkoo» finlandés, el trabajo común voluntario para bien del conjunto.

En las duras luchas de la campaña de invierno fueron sobre todo los jóvenes estudiantes patrióticos, los oficiales de reserva los que manifestaron tal heroísmo y espíritu de sacrificio que en todas partes se les apreciaba como modelos ejemplares. Sobre todo les tributaron el mayor homenaje sus compañeros de armas de los círculos agrónomos y obreros. El mismo espíritu patriótico de sacrificio lo demostraron también los jóvenes obreros y campesinos, la juventud de las ciudades y del campo. La victoria y el bienestar de su comunidad nacional significaba más para ellos que la propia vida. Esto lo manifestaron claramente a sus jóvenes jefes. El que la joven generación finlandesa llegara a conocerse sinceramente y a tratarse leal y continuamente entre sí, eso fué un resultado de la guerra.

Bajo la opresión de esta época grave se evidencia cada vez más que la guerra ha hecho desaparecer a muchas divergencias, a muchos prejuicios e ideas artificiales, creados por la lucha de clases. Solo restan las verdades básicas radiantes que siempre son justas, aunque no hayan sido apreciadas como justas en todos los tiempos y menos durante la época pasada del liberalismo.

Comunidades nacionales jóvenes reconocen únicamente verdades duraderas y eternas y una sana comunidad socialista, cuya prosperidad consiste ante todo en un nuevo trabajo creador.

Cada miembro de la comunidad nacional es apreciado como valioso y equivalente. De ahí resulta el valor y el honor del hombre y de la mujer.

El trabajo deviene su honor. Todo trabajo honrado es igualmente valioso y respetable.

Trabajo constructivo y creador tanto en el sector espiritual como en el físico es el deber de cada miembro de la comunidad nacional. Ahora se aprecia igualmente al trabajo de cada individuo, siendo cada uno igualmente necesario para la comunidad nacional.

Cada uno es responsable él mismo de su trabajo y de la ejecución esmerada de este, dando igual en qué puesto de la comunidad nacional esté empleado.

Esto exige que en su casa o en la escuela la juventud sea educada según los principios mencionados. El futuro estudiante y el obrero deben llegar a conocerse desde niños, jugando juntos y criándose en comunidad. De este modo se traban amistades duraderas y para toda la vida y la experiencia común de la juventud los une. Avanzando la edad tampoco deben entibiarse las relaciones sino deben conservarse por vínculos individuales, siendo profundizadas todavía más por ambos interesados. Hay que tener a la disposición del estudiante posibilidades de vivir en el ambiente del obrero, de ponerse al corriente de sus dificultades y de ayudarlo en su trabajo o en su casa, proporcionando con esta ayuda ratos de ocio y vacaciones excepcionales al obrero y a su mujer.

Pero los vínculos mejores y más prometedores para el porvenir entre estudiantes y obreros lo mismo que entre otros grupos de la población son creados por la escuela mixta popular y adaptada al carácter particular de cada comunidad nacional: por el servicio de trabajo.

En la época actual de industrialización y de racionalización el servicio de trabajo es inevitable para la comunidad nacional, para la educación tanto del estudiante como del obrero, a fin de estimarse mutuamente según la experiencia del trabajo común. El servicio de trabajo crea la comunidad nacional. Ahora también las naciones unidas en sí pueden comunicarse con otras en su conjunto y no solo en parte. De la sangre de los héroes de la cruzada en el Este y del servicio de trabajo nacional de la juventud de la comunidad nacional surgirá como resultado progresivo de la educación una nueva Europa que reconoce ideales comunes. Pero estos aun no garantizan su existencia duradera; para ello es preciso el trabajo creador de las comunidades nacionales. Una condición de la nueva Europa que continuamente se fortalece y se yergue es el respeto recíproco entre las comunidades nacionales y el trabajo, del que dice Johannes Linnankoski que ensalza al trabajo finlandés:

¡Nada más es eterno en el mundo que el trabajo!  
Quien sirve a sus dioses  
Quedará en la borrasca de los tiempos muy alta la cabeza.  
Y aunque le quebrase la rueda de la destrucción  
Vive en su trabajo  
Y aun por las ruinas pregonaría:  
He sido una vez.

JACQUES SCHWEIZER, PARIS:

## La voz de la juventud francesa

La reforma política comenzada en julio 1940 por el Mariscal Pétain y Pierre Laval aun está lejos de su realización.

Son múltiples las razones de este retraso. Por un lado hay que atribuirlo a las condiciones bajo las que fué creada esta reforma — inmediatamente después de la derrota.

Los espíritus estaban demasiado perturbados para que todos hubiesen comprendido la necesidad de reorganizar completamente a las instituciones políticas que habían puesto a Francia en tal apuro; aunque la responsabilidad por el cataclismo del régimen aparecía con claridad deslumbrante sin embargo se había cometido demasiadas faltas para poder averiguarlas todas.

Por el otro lado las leyes constitucionales que fueron elaboradas dentro de pocos días llevan el sello de la improvisación. Aun hoy en día se resienten de ello.

Por último y ante todo hace algunos años que se efectúa en el mundo la revolución comenzada por el nacionalsocialismo y el fascismo cuyas repercusiones ahora también se hacen notar en Francia; esta revolución es demasiado profunda para que se pueda comprender su sentido en poco tiempo y para que uno se pueda adaptar sin dificultades a las nuevas condiciones de vida.

La mayor parte de los que sacaron provecho de la Tercera República no pueden menos de llorar la pérdida de una época que los ha hecho grandes. Por eso se esfuerzan por refrenar un desarrollo que sin embargo se opera sin ellos y contra ellos. La política a la que estos franceses se dedican con tanta pasión está demasiado basada en intereses locales para que cada uno pudiese tener de pronto su fin superior, consintiendo en subordinar sus intereses particulares a los de Europa o incluso a los del mundo.

Estas condiciones explican que la Francia ocupada militarmente desde hace dos años viviendo en un «estado de guerra» indefinido, «regularizado por las cláusulas de una convención de armisticio prolongado», todavía no haya tomado cartas terminantemente en la cuestión del nuevo orden de Europa. Pero la *juventud* que no tiene ningún motivo de prolongar una época agonizante debía ser la defensora mejor y más activa de la renovación nacional, complemento necesario de la revolución europea.

A menudo se consta que la juventud se pone siempre al servicio de las ideas más nobles y que hace esto con una entrega y

abnegación que son la garantía más segura del éxito. La juventud francesa no puede negarse a la llamada que toda la juventud europea dirige a ella; pero su participación en la obra común no puede ser realizada tan pronto porque tiene que solucionar al mismo tiempo *el problema europeo y el problema nacional*. El problema nacional no es menos complicado porque plantea la doble cuestión de la organización y de la conducción. La institución que lo domina todo es la *juventud del Estado*. No se puede solucionar este problema de otro modo. Es incontestable la necesidad de esta solución. La juventud hitleriana, la G. I. L. italiana, el «Frente de Juventudes» español, la Juventud Brannik de Bulgaria, la Juventud Ustascha croata, la N.S.U.F. noruega, la Juventud del Estado rumana, la Juventud Hlinka slovacca y la Leventa húngara han probado, qué apoyo significa para el Estado una juventud perfectamente organizada y unida, consciente de sus deberes y de su responsabilidad.

Las condiciones bajo las que fué creada esta unión son extremadamente instructivas para nosotros, sobre todo porque no se puede imitar simplemente una organización así, sino es preciso adaptarla al temperamento, al carácter, a las necesidades sociales, en una palabra a las *particularidades* de la juventud de cada país.

Desde hace diez años existe en Francia un sinnúmero extraordinario de organizaciones de juventud, basadas por la mayor parte en fundamentos religiosos o políticos. Se debiese suponer que después del armisticio no hayan reanudado su labor. Ocurrió lo contrario. La mayor parte ha resurgido, siendo creadas además organizaciones nuevas; la unidad de la juventud con la que todos contaban y la que todos esperaban no fué realizada. No fué formado un gran grupo juvenil. Como en el pasado cada uno puede ser partidario del grupo que corresponda a sus inclinaciones personales. Pero hace falta añadir que una gran parte todavía se halla incluso fuera de estas organizaciones distintas. A pesar de todos los esfuerzos tomados en serio no parece como si la situación cambiaría pronto.

Acaso es la falta de jefes la que fomenta esta inseguridad o la prolonga más o menos. Por grande que sea la superioridad espiritual y la entereza de un hombre, sobre todo de un hombre joven: experiencia y el conocimiento absoluto de su tarea son imprescindibles para conseguir la autoridad que le permita desempeñar su cargo. Por lo tanto es preciso que el jefe se forme a si mismo y logre las calidades que le capaciten a conducir ya que su tarea es doblemente importante porque no solo se trata de organizar sino también de alcanzar por su conducción los fines propuestos.

Aunque la juventud francesa luche todavía por su forma nacional sin embargo se puede constatar que no permanece insensible al drama imponente del presente y que comienza a seguir al desarrollo gigantesco que lleva a la desaparición completa de un mundo construido sobre principios económicos y sociales caducados. Su horizonte se ensancha de un mes para otro. Comprende que la sangre de miles de jóvenes no puede ser derramada en vano y que el mundo que se yergue encima de todos estos sacrificios tiene que basarse en las máximas que el nacionalsocialismo y el fascismo han experimentado ya.

En este mundo nuevo cada nación tiene que ocupar un puesto que corresponda a su pasado, a su estructuración y a sus posibilidades. Y porque Francia ocupará el puesto que su juventud conquistó para ella por eso esta juventud está decidida a cooperar desde ahora en la obra común de la comunidad europea.

---

*Cabo y estudiante de la economía política Juha Seppänen, ejército finlandés, escribe a la «Joven Europa»:*

*Siento que Us. puede darme mucho y por eso espero que nuestra correspondencia devenga muy intensa y que en ella se mantenga un espíritu de confianza absoluta, de una confraternidad de armas auténtica.*

*La nueva idea es realmente orgánica, habiendo surgido de la vida misma y por eso su victoria sobre las energías negativas de la vida está garantizada desde un principio. La vida no aguanta jamás una larga supresión y por eso se libra de ideas teóricas estériles.*

*Al mismo tiempo que a nuestra propia lucha observamos también a la lucha del Ejército Alemán en el frente del Este. Los combates son reñidos y duros pero quien conoce la idea imponente que anima al pueblo alemán y a toda la Europa combativa no pierde ni por un solo momento la certeza del triunfo. Con idéntica seguridad con la que el día sigue al alba surgirá de esta lucha titánica una Europa nueva.*

*Con saludos de combate  
Juha Seppänen.  
Frente de Carelia.*

**PROF. DR. CARLO EMILIO FERRI,**  
**PRESIDENTE DE LA FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS,**  
**UNIVERSIDAD DE PAVÍA:**

# Propuestas para trabajos mancomunados europeos

*Rasgos fundamentales de la nueva comunidad económica*

Nadie capaz de comprender la realidad se atreve a dudar de que la guerra actual otorgue la misión de la unificación europea al continente Europa que desde hace miles de años es el portador de la cultura universal. La hecatombe de las potencias del Eje y de todas las naciones representadas en el frente del Este forma la garantía histórica necesaria de que la unidad de Europa puede desarrollarse hasta devenir un hecho absoluto y de que por fin — después de las tentativas vanas que en los siglos pasados han hecho los hombres de Estado y los caudillos — nuestro presente significa *la hora decisiva* en la que se decide el ser o no ser de la vida del Occidente.

Por primera vez las naciones europeas que hasta ahora procedieron de un modo demasiado particularista juntas hacen frente al enemigo. Comprenden la necesidad de la lucha común por un lado contra la amenaza anglo-sajona, caduca y plutócrata, esencia de todos los síntomas de decadencia madurados durante los últimos siglos de restricción espiritual y por el otro lado contra la amenaza bolcheviquista, la reencarnación de la furia bárbara que en los días de Roma bramaba contra las fronteras más apartadas del Imperio.

La *conciencia* de la unidad crea al *programa* de la unidad y así es que ahora ya se perfilan las ideas y doctrinas que exigen un trabajo constructivo común en el continente.

Sin embargo para evitar malas inteligencias afirmamos que el elemento *económico* no puede ser el elemento predominante de la reconstrucción política, sino que la economía — que es la sistematización de los *medios* — también adquiere únicamente un sentido y con ello la capacidad de durar, si otros valores de contenido ético más profundo logran imponerse.

En todas las épocas históricas la actividad económica está animada por una concepción *intrínseca* que es un medio esencial de estabilización para una organización consciente. Esta con-

cepción nutre a todo el organismo social. Desde la antigüedad clásica que de un modo ejemplar dominaba al trazado de la forma jurídica y que a pesar de ello aun era inaccesible a las palpitaciones humanas en el trabajo entonces degradado a la esclavitud, hasta la *cultura del trabajo* actual que se anuncia como fin indefectible de esta guerra existe una distancia absolutamente incommensurable. Fases alternativas, renacimientos y crepúsculos han marcado el camino del Occidente en este sector.

Hablar de una comunidad económica europea significa en primer lugar referirse a una orientación común de los espíritus, a una ideología y a un concepto de la vida reconocidos por todas las naciones del continente. Por eso es bueno ligar nuestros proyectos en el dominio *económico* con nuestras conquistas en el dominio *espiritual y ético*, recordando que cuanto más avancemos temporalmente tanto más a fondo habremos sabido conquistar las almas y los corazones para nuestro ideal de la vida.

Acaso en esta hora de crepúsculo matutino sea más necesario forjar los *instrumentos* para la actividad del día nuevo y crearnos un *método de trabajo* apropiado para solucionar los problemas de la vida europea no cada vez previsibles todavía, que tener ya un *programa* perfecto, fijado y dogmático que no siempre es capaz de ordenar todas las energías de la vida. En lo esencial esto es también la opinión de Mussolini, resumida en las doctrinas corporativas.

Sin embargo para ya ver claro hoy en día seguramente es preciso estudiar la parte concreta de algunos *principios básicos* de la economía continental como por ejemplo las cuestiones relacionadas con la exigencia de la libertad del abastecimiento y del aprovisionamiento de materias primas. En esto se trata de puntos importantes sobre los que hasta ahora es posible hallar una compatibilidad fundamental de carácter programático. Cuando se habla de mejorar a la agricultura europea en muchos países anticuados todavía, aumentando la producción de cereales posible, cuando se anuncia la organización continental de algunas industrias como clave adecuada para satisfacer a las exigencias vitales de la masa, por ejemplo la de la industria de los textiles artificiales, entonces se indica asuntos programáticos que seguramente se podría averiguar y recopilar más exactamente pero que ya bajo su forma actual bastan para determinar una orientación en sus manifestaciones provisionales.

Y no obstante nos parece útil plantear este problema para lograr más pronto la unidad económica europea, no tanto con la intención



de construir un orden abstracto, teóricamente definitivo que mañana energías desconocidas pudiesen echar por tierra, sino más bien para estudiar los métodos de una cooperación entre las naciones europeas.

Es necesario juntarse en la conciencia de una unidad, para establecer en este cambio de pareceres el modo y la forma de unión entre las distintas economías, creando de esta manera la convicción, que hay que elevar a todos los problemas desde el concepto local predominante a una *base continental* que es la garantía del bienestar común y el arma defensivo imprescindible frente a otros continentes.

Acaso sería de importancia vital para el porvenir de Europa estrechar este cambio de pareceres todavía antes de que la victoria haya rubricado definitivamente al nuevo orden, es decir construir puentes a través de los ríos que aun pudiesen separarnos, dando nuevos impulsos a los órganos intraestatales. Pues por su concepto corporativo estos órganos son capaces de vencer a los contrastes y de crear en la unidad ideal la coincidencia práctica de todas las actividades. Las naciones europeas quedan invitadas a esta labor. La juventud es capaz de preparar las tareas del porvenir.

Los principios básicos según los que hay que construir estos órganos intraestatales continentales son los siguientes:

1. Es necesaria una potencia política-militar continental capaz de garantizar para bien de todos la defensa de Europa al exterior y el orden centralizado al interior. Esta potencia política-militar que posee en el Eje su núcleo creador se nutrirá mañana del consenso de la juventud de toda Europa. Sin esta energía central en condiciones de encargarse de funciones reguladoras, moderadoras y disciplinarias no es posible un sistema interaestatal continental. Solo hace falta mencionar la indecisión de un federalismo tardío y estéril de tinte democrático y humanitario.
2. Los órganos interaestatales pudiesen servir simultáneamente en zonas espaciales y en sectores productivos. De este modo predominaría a veces el distintivo *espacial* de las relaciones económicas territoriales, siendo aplicado de un modo particular a cierta región como por ejemplo a la navegación del Mediterráneo o a la navegación en los mares nórdicos. Otras veces tendría que preponderar el distintivo *productivo* en su totalidad: así sería bueno tener para la economía cereal una única organización europea, ya que se trata de un único pro-

blema continental indivisible, para fijar las posibilidades del cultivo en los distintos países, el abastecimiento común, el transporte, los graneros en los grandes centros de la producción (Ucrania etc.).

En estos órganos intraestatales se encontrarían los representantes más destacados de la Europa activa. Al principio serían dirigidos por los hombres del Eje responsables del nuevo orden con la salvedad de que poco a poco se admitiría a los elementos directivos de todos los países de Europa según el sistema aplicado ya en Roma y a medida que se consolide la conciencia de la comunidad europea. En estas uniones que en su base realista serán bien extrañas a las comisiones de Ginebra, bajo el control y la disciplina de una dirección central potente que evitará las faltas democráticas de las votaciones y mayorías y eligirá el camino indicado por los expertos y los responsables, se echa los cimientos para la comunidad económica europea sin pretender a encajar en un plan fijado de antemano e inalterable las energías no absolutamente mensurables y previsibles que surten efecto en la vida.

Los rasgos fundamentales definitivos de la comunidad económica europea resaltarán poco a poco a medida que avance el trabajo común, que se estrechen las relaciones entre los distintos sectores, que al llegar a conocerse las personalidades se revelen los elementos a los que se le han de confiar puestos directivos de suma responsabilidad, según el concepto que el nacional-socialismo ha sabido realizar tan bien dentro de su orden. Entretanto ya se puede comenzar con el trabajo para salir de los proyectos generales. Hay que comenzar esta obra con voluntad tenaz, para que el método indicado pueda dar frutos.

Invitamos a la acción a los hombres europeos, donde sea que trabajen. Cada uno ha de aportar sus experiencias y su temperamento nacional, por los que se debe formar la base de la comunidad económica de la nueva Europa. Entonces en reuniones periódicas el campesino danés se encontrará junto al agrónomo meridional; el químico alemán ocupado en inventar nuevos géneros textiles hallará al tejedor o al tintorero italiano que tienen a su disposición una experiencia secular; todos ellos empezarán a comprender que el uno debe trabajar para el otro, para que el esfuerzo de cada uno contribuya a la gran obra *común* que no tiende a las ganancias de algún banco anglo-sajón en el continente, sino que en cambio representa al perfeccionamiento del sistema productivo en Europa en atención a productos cuantitativa y cualitativamente mejorados.

El agrónomo meridional al que favorecen las ventajas del clima tendrá que darse cuenta de lo que las naciones norteañas realizan en el dominio agrario a pesar de la inclemencia de la naturaleza; se sentirá estimulado a ensayar todos esos perfeccionamientos técnicos que hasta ahora ha desatendido a menudo, confiando en la fuerza natural de los elementos.

Saquemos una consecuencia de las pocas sugerencias aquí indicadas: Al hablar de una unidad económica europea nos referimos a una realidad existente ya en la conciencia de los hombres de nuestra época, una realidad que según el desarrollo de la guerra aparece cada vez más prometedora y segura. Pero sería una falta querer dar una forma abstracta, doctrinaria y racionalista a esta realidad, sin tener en cuenta la impetuosidad de la vida activa. Solo podemos afirmar los principios básicos, indicar algunos itinerarios o también, si se quiere, hacer algunas propuestas circunspectas sobre formas de organización específicas, a medida de las investigaciones científicas.

Por lo demás debemos exigir de la *vida* que ella misma cree los órganos mejores, capaces de cumplir con las funciones dentro del espacio físico y económico originado por la guerra. De este modo probamos a todas las naciones europeas, que la lucha hecha por el Eje es realmente *la lucha de todo el continente*. Debemos proporcionar a los responsables de los distintos sectores vitales un claro sentimiento de que ellos deben ser los primeros trabajadores del nuevo orden, librados de todo modo de pensar particularista vencido, pero sin renunciar por eso a sus intereses y a sus ideales.

Es decir que se trata de crear con los órganos intraestatales en los diversos sectores de Europa el instrumento que eleve a la economía de los distintos países con sus intereses de vasta ramificación al nivel de la comunidad continental. Se trata de proporcionar a esta comunidad el medio real y eficaz por el que se consiguen los resultados más favorables. No se ha de obedecer a un plano terminado ya, elaborado a la fría luz de una lámpara de laboratorio, sino se trata mucho antes de abrir camino a todas las energías jóvenes que están esperando para poder actuar dentro del ambiente nuevo.

Entonces por el trabajo de estas uniones nuevas madurarán poco a poco incluso los planos más extensos y concretos de la organización económica europea o si se quiere los planos más útiles y necesarios, pues irán encajando paulatinamente en el proceso de formación de la comunidad económica europea.

Esperamos por lo tanto ver a los hombres de la Nueva Europa poner manos a la obra.

PROF. F. ORSÓS, BUDAPEST:

## El vencimiento del peligro biológico para Europa

Cuando la dirección de la Sociedad húngara para la Protección de la Familia me invitó a dar una conferencia sentí cierta inseguridad porque — aunque la actividad de esta sociedad poseía todo mi interés — no me sentía versado en el dominio de la propaganda. Al mismo tiempo recibí también de parte de la «Joven Europa» una invitación a dar una conferencia sobre «El vencimiento del peligro biológico para Europa» y esta circunstancia disipó mis cavilosas dudas iniciales. Al formular el tema de esta manera surgió una serie de ideas que ahora me tomo la libertad de referirles. No son nuevas ni las ideas ni las conclusiones y no es necesaria ninguna penetración para poder comprender los problemas. Únicamente se necesita valor para perseguir hasta su fin la serie de ideas que despierta en nosotros la lucha universal actual. Pero antes de que pase al tema mismo permítanme hacer en algunas palabras una digresión al dominio del concepto racial. Ya en su día he indicado en un discurso pronunciado en la Alta Cámara, que hay profanos que por razones propagandísticas dan a menudo explicaciones erróneas sobre la biología y aprovechan las discusiones sobre las razas sostenidas entre naturalistas — en cuanto estas contribuyan a afirmar sus conclusiones equivocadas — para atreverse a mantener que los naturalistas mismos hayan rebatido al concepto racial.

A fines del siglo 18 y a principios del 19 trabajaban grandes eruditos que han creado la base de la sistematización (Linée y Cuvier) y que suponían la constancia de los géneros y de las razas. Ya el conocido escritor, historiador y naturalista francés *Quinet* enseñaba, que mezclas de razas siempre habían resultado de grandes cataclismos. Pero mientras que por un lado las plantas y los animales que vivían en la superficie y a la luz del sol — que por lo demás son los que determinan el carácter de las distintas épocas geológicas — se desarrollaban cada vez bajo formas nuevas, por el otro lado las plantas y los animales primitivos, como por ejemplo los escarabajos y las cucarachas, llevaban una miserable vida parasitaria, se alimentaban únicamente de desperdicios y sobrevivían bajo su forma original, por decirlo así,

sin la más mínima variación al desarrollo de muchos cientos millones de años y cataclismos innumbrables. Debemos atribuirles a las constataciones de Quinet una gran importancia biológica.

Sigue la doctrina notabilísima de Darwin sobre la transformación y el desarrollo continuo de las razas a base de la elección natural en la lucha permanente por la existencia.

Sabemos que poco después de la divulgación general de las tesis de Darwin se presentaron adversarios que en parte objetivamente y en parte con objeciones que carecían de fundamentos intentaban de socavar a las primeras.

El próximo gran paso era el descubrimiento del abad Jorge Mendel que marcó nuevos rumbos, conocidos ahora bajo el nombre de mendelismo. El mendelismo consiguió por decirlo así establecer matemáticamente la base de la transmisión hereditaria. Indudablemente hay que contar a este conocimiento entre las conquistas más importantes del espíritu humano. La regularidad de la transmisión hereditaria descubierta por Mendel era una de las indicaciones más convincentes acerca de la perseverancia sin igual con la que la creación se aferra a los éxitos conseguidos por algunas razas. En el fondo solo pudimos comprender al concepto racial en toda su importancia al seguir los rumbos indicados por Mendel. A continuación Eugen Fischer probó por sus investigaciones que realizó durante cuatro años en los descendientes de cafres y boeres en el Africa del Sur, que también en la transmisión hereditaria humana aparece perfectamente el mendelismo. Eso significa en otras palabras, que una parte muy determinada de los descendientes de distintas razas personifica en ella la tara hereditaria pura de los antepasados. Fischer había experimentado también, que a menudo los tipos originales aparecen en los descendientes bajo una forma mucho más fea y malograda, es decir que después de la mezcla pueden resaltar las malas calidades de los tipos originales de manera excesiva. Pues de los matrimonios mixtos del Africa del Sur nacieron — en un porcentaje determinado — cafres y boeres adolecidos de calidades mucho más feas de las que poseían sus abuelos, incluso a menudo verdaderos fenotipos desfigurados. No puedo extenderme más sobre el problema racial y solo quiero resumir lo esencial en el sentido de que lo mismo en el reino vegetal como en el animal la vida terrestre solo puede desarrollarse dentro de los límites de las razas y que también las modificaciones, es decir las variaciones y combinaciones se realizan según principios matemáticos raciales. Hay especies que en cientos millones de años no varían casi nada porque también en los rincones oscuros han hallado las condi-

ciones para su vida modesta. En cambio las grandes razas sumamente exigentes sufren en alto grado por los cataclismos y las catástrofes que suceden en la naturaleza y por eso a menudo su vida dura poco. La cognición principal de la historia cultural de las razas humanas es que tanto el individuo como el pueblo aislado solo pueden durar y crear algo duradero y perfecto, si desde el punto de vista racial poseen un grado diferenciado. También esto ha resultado recientemente: que la naturaleza posee fósiles vivientes que se han conservado hasta nuestros días como restos de los tiempos primitivos. Así por ejemplo hace solo algunos años un profesor de Belgrado ha hecho el descubrimiento, que las plantas y los animales del Lago Ocrida en los Balkanes representan rastros vivientes conservados hasta hoy en el mismo estado que tuvieron hace millones de años y que por lo tanto las plantas y los animales vivientes en este lago no se les puede encontrar en ninguna parte del mundo excepto en algunas impresiones petrificadas en mármol o en piedra calica. La geología ha probado además que por una casualidad incomprensible los alrededores del Lago Ocrida no han participado en las grandes transformaciones geológicas que han modificado a fondo al aspecto geográfico de Europa, del Asia y de Africa durante muchos millones de años. Hasta ahora la experiencia del Lago Ocrida es también la refutación más completa de la doctrina de Darwin.

Después de estas observaciones introductoras pasamos ahora al problema actual de Europa que tenemos planteado.

Los pueblos de Europa están ya tan mezclados que en general solo se puede hallar razas puras entre ellos en restos geográficamente aislados. Sin embargo vemos en los habitantes de unidades geográficas mayores calidades individuales sorprendentemente parecidas. En esto sabemos que los pueblos ahora tan similares en apariencia en su tiempo también resultaron de la fundición de razas y de restos de razas. Según las leyes de transmisión hereditaria se realizó en el transcurso de la mezcla cierta nivelación, en parte por la asimilación y en parte por la extinción de los descendientes menos resistentes. Y sin embargo una uniformidad para todos los pueblos de Europa es inimaginable.

Solo ahora comenzamos a comprender las consecuencias de la Invasión de los Bárbaros. Las condiciones geográficas transformadas fomentan al desarrollo de calidades secundarias, pudiendo recubrir e incluso eliminar completamente una parte de las características raciales anteriores. Naturalmente esta experiencia histórica también es válida para el porvenir. Aunque se mezclen como quieran los pueblos de Europa ahora más o menos aislados

las condiciones geográficas de las distintas regiones europeas producirán siempre nuevas unidades populares. En poco tiempo no se puede ni pensar en una orientación antropológica de las naciones europeas y eso no solo vale por sus calidades físicas sino también por las psíquicas y las espirituales. El efecto aislado de paisajes especiales preserva a la población de Europa de la uniformidad y produce de este modo cierta riqueza de formas que tanto en la vida cotidiana como en el arte y en la cultura origina una animación favorable. Pero estas combinaciones y perspectivas pueden ser influenciadas desfavorable e incluso funestamente por catástrofes biológicas, cuando por ejemplo los factores que el estudio de la raza llama mortíferos surten efecto en número demasiado elevado dentro del cambio de las mezclas raciales, es decir al mezclarse racialmente cierta mezcla de raza con otros pueblos nocivos que paralicen sus propias calidades biológicas primarias.

Contra este peligro la protección de la raza basada en experiencia y organizada debe formar un sistema preventivo eficaz. Pero esta aspiración se encuentra todavía en el estado de tentar el camino. La lucha defensiva y de depuración la tienen que hacer naturalmente los Estados mismos, no se la puede confiar a las decisiones y tentativas del individuo o de la sociedad. Europa tiene que devenir un organismo higiénico que dará a los jefes de los distintos grupos nacionales las reglas de conducta resultantes y obligatorias bajo ciertas condiciones. Los jefes tendrán que cumplir con la tarea de indicar las cuestiones y los problemas particulares de los distintos grupos nacionales, siendo uno el desarrollo de las cuestiones físicas y culturales. En el sector físico aparecerán primero los problemas siguientes:

- a) el exceso de población local y la extinción local.
- b) la nutrición, el alojamiento, la indumentaria.
- c) la producción de materias primas y cuestiones de la organización de trabajo.

En el sector cultural cada pueblo animado por la misma voluntad ha de ser preservado de la decadencia cultural. Una vida colmada de confianza y del gozo de vivir y la ideología optimista que de ahí resulta, la disposición a entenderse y el progreso contribuyen por su parte a la paz. Pero estas condiciones no se las puede imponer por un acto de autoridad, sino deben o existir ya o aparecer todavía en el curso del desarrollo en los pueblos primarios de Europa.

Cada pueblo tiene también sus clases demasiado viejas: a veces la clase campesina y otras veces la inteligencia o las clases más distinguidas. Pero peligrosas resultan también las capas sociales medio instruidas que se hallan fuera de toda clase determinada y que a menudo viven a costa ajena, habiendo perdido su equilibrio, sobre todo por haber perdido el sentimiento social frente al trabajo y por perseguir únicamente fines egoistas; además quieren cosechar los frutos del trabajo de sus prójimos sin ningún desquite. Mientras existan mayores grupos nacionales o capas sociales de esta índole está sumamente amenazado el equilibrio biológico y el porvenir de Europa, arriesgando de devenir alguna vez el botín de un continente más afortunado en el sentido geográfico y ético.

Naturalmente el porvenir biológico de Europa se halla estrechamente vinculado con las cuestiones de sus fronteras y de sus espacios vitales imperialistas y político-económicos. Por algún tiempo puede aprovechar para sí misma las energías todavía sobrantes de los continentes vecinos. Para esta temporada naturalmente las perspectivas pueden ser favorables. Pero puede venir la época o incluso se anuncia ya en la que cada continente aspira a aislarse y no está dispuesto a servir a otros. En este caso el problema europeo lo mismo que su porvenir son mucho más graves. Pero en vista de tales perspectivas también tenemos que contar con que serán alumbradas fuentes de energía imprevistas; sin embargo igualmente pueden sobrevenir catástrofes imprevistas que harán ilusoria toda calculación humana. Europa no envejecerá jamás, siempre encontrará nuevos problemas y esperanzas nuevas porque los demás continentes la confrontarán siempre con nuevos peligros y nuevas tareas. Solo los cataclismos geográficos que están fuera de todo cálculo humano pueden transformar radicalmente a la vida de Europa. Nosotros los europeos debemos ocuparnos ya del porvenir inmediato del concepto de la Europa unitaria. Tenemos que mirarla como una unidad continental y político-universal y tenemos el deber de preparar su porvenir capaz de competir. En este trabajo desempeñarán naturalmente un papel principal los elementos biológicos, el incremento de los pueblos europeos, su viabilidad, pero ante todo el desarrollo de sus valores cualitativos.

Si la unidad de Europa no se realizaría entonces evidentemente tarde o temprano partes suyas caerían bajo la influencia de otros continentes, por lo que Europa perdería su papel directivo imperialista y cultural que ha desempeñado durante dosmil quinientos años.



Hasta qué punto las condiciones geográficas son decisivas para el desarrollo de una raza no lo puedo probar aquí, puesto que desde hace muchos decenios se han ocupado de esto la antropología, la etnografía y la etología y seguirán haciéndolo todavía por muchas generaciones. Basta indicar que la antropología conoce en Europa las razas siguientes: la nórdica, la báltica, la mediterránea, la dinárica, la indoeuropea y otras más y todas ellas en el fondo son productos de la potencia unificadora de condiciones geográficas por un lado y de los efectos destructores sobre las razas primitivas por el otro o en fin productos de energías plasadoras de razas nuevas. Por eso una división válida para todas las razas europeas a base geográfica no ha sido posible hasta ahora.

El porvenir biológico de las naciones de Europa tanto cuantitativa como cualitativamente es condicionado entre otras cosas por sus fuentes de energías materiales, físicas, morales y espirituales. Para el porvenir de Europa tiene una importancia decisiva la cuestión si recibirá una parte de las fuerzas necesarias para su vida también de otros continentes o si gracias a su cultura y a su técnica, su vida económica y su auto-defensa las producirá ella misma. Si Europa fuese incapaz de defenderse eficazmente contra la decadencia social, contra las clases que perjudican a la vida pública y contra la invasión de razas extrañas, entonces no puede uno imaginarse una unidad europea duradera, capaz de competir, ni una hegemonía europea.

Cada nación ha discutido desde hace años tanto desde el punto de vista espiritual como también del de las ciencias naturales sobre lo que hasta ahora impedía la prosperidad biológica racial de las naciones europeas y amenazaba al desarrollo y al bienestar. Me siento librado de la tarea de explicarles esto. Solo quiero ilustrar desde puntos de vista distintos al peligro biológico para la Europa futura.

Si no se toma medidas defensivas desde un principio podrían volver a surgir tarde o temprano los grupos nacionales sin apego al terruño, transmigrantes, dotados de malas costumbres y de caracteres igualmente malos que se introducen furtivamente y volvería a comenzar la amenaza biológica contra Europa que ya en tiempos pasados hizo estallar grandes guerras.

¿Pero qué ocurrirá si se realizaría una conducción central europea, dirigida por medidas preventivas? Desde hace mil años ha existido casi siempre la aspiración a una centralización o surgía temporalmente en Europa e incluso en el Asia. Las potencias vigorosas no se aislaban; más bien se esforzaban por poner en con-

tacto a las naciones entre si, no acaso por razones raciales sino por razones del poder o de la religión. Aun no se ha averiguado todavía con la exactitud correspondiente, de qué modo fueron borrados los límites y qué razas nuevas o razas mixtas se formaron. Solo vemos que a pesar de una transmigración de pueblos milenaria y a pesar de muchas tentativas de fusión se han conservado hasta la fecha razas más o menos nuevas, bien distinguibles, pero también rastros de razas antiquísimas — recordemos al ejemplo del Lago Ocrida.

Parece como si naciones que viven con otras dentro de una federación estatal mayor pudiesen conservarse su particularidad.

Por ejemplo en Hungría no solo se han mantenido colonias de los szeclos, búlgaros, jaspes (!), petchenegos y cumanos, sino también han conservado sus costumbres nacionales particulares y su carácter nacional y racial propio, aunque su lengua se haya perdido casi sin dejar rastro. Desde dos generaciones ya nadie habla el idioma propio de los cumanos, en cambio sobreviven hasta la fecha invariablemente la conciencia individual y el carácter de los cumanos y szeclos y seguramente sería posible a base de trabajos científicos correspondientes averiguar sus características humano-raciales.

Fuera de las instituciones científicas humanas apenas son conocidas las potencias naturales existentes sin duda y sumamente eficaces que purifican y protegen a la raza. ¿Cómo se las pudiera habido conocer? Ya que por ejemplo en nuestro país solo hace algunos años los pseudo-representantes de la cultura y la opinión pública corrompida por ellos lo miraban como una señal de falta de instrucción y como un crimen si alguien tenía el valor de abordar al problema racial, aunque en la vida económica hablásemos constantemente de especies animales y vegetales de modo que empleáramos la eugenesia y el mejoramiento de la raza en gran escala. También hoy en día se toma en muchas partes como una provocación si alguien se refiere a las razas humanas.

Aun hasta la fecha la eugenesia anda a tientas, por decirlo así; sus métodos no han sido fijados satisfactoriamente ni en el sentido científico ni en el práctico. Naturalmente no entiendo bajo ciencia algo adaptado e impreso después. Una pseudo-ciencia de esa índole no solo no serviría sino que al contrario perjudicaría mucho, porque hubiese sido verificada con segunda intención tendenciosa. Si por ejemplo eruditos así se ocuparían de investigaciones biológicas sobre los magiares, abogando por

los intereses de los judíos, entonces eso sería el medio más eficaz para la degeneración de los magiares. Ningún peligro mayor que este podría amenazar a la raza húngara. En la última junta del «Mone» fueron hechas varias proposiciones para conjurar a tiempo al peligro que ya se manifiesta. Pero las tentativas de coyuntura pueden dar un buen resultado, no esperado por las autoridades correspondientes, revelando la eugenesia errónea lo mismo que la ciencia temporera y al mismo tiempo induciendo a una lucha defensiva seria de la raza magiara.

Una cosa es cierta, que dada la situación actual de las cosas no será el judío el que se opondrá abiertamente a la eugenesia húngara sino serán los no-judíos que representan sus intereses. Los judíos mismos practicarán solícitamente también en el porvenir a la eugenesia inventada por ellos y bien confirmada durante más de mil años.

El ejemplo de los judíos demuestra claramente la potencia fundidora de las razas más vigorosas, mientras que las calidades secundarias de las razas absorbidas quedan borradas. Según su propia afirmación no representan una raza pura. También mirándolo desde el punto de vista antropológico esta es la opinión general y aunque a menudo los tipos primarios aparezcan todavía claramente en los distintos individuos, la manifestación espiritual y psíquica permanece evidentemente uniforme. También se averigua en igual medida en las mezclas la naturaleza básica nómada y revolucionaria. La potencia transformadora de razas biológicamente vigorosas y de cultura desarrollada también la podemos encontrar naturalmente en la vida de otros pueblos. Esto será precisamente el mayor ministerio para la nueva Europa y al mismo tiempo el mayor riesgo. Solo podemos sospechar de que índole serán los frutos que madurarán una vez en el árbol de la ciencia de la nueva Europa. Pero cierto es que el resultado dependerá en gran parte de lo que gestionarán a tiempo las distintas naciones para proteger y desarrollar su propia raza. Esa será la reserva de energía en la gran lucha universal que nos espera. Pero para la calidad del fruto también tendrán importancia el patrón, el injerto, el terreno, el clima y el trabajo del jardinero. El patrón es la situación biológica de cada pueblo, pero el jardinero eligirá al botón o al brote, preparará el terreno y lo protegerá contra la inclemencia del tiempo. El papel del jardinero colmado de energías ha de desempeñarlo el Estado y eso en colaboración con los representantes del pueblo distinguidos por su escrupulosidad.

Tal es el rumbo por el que la eugenesia futura obligatoria ha de entrar en la historia, pero no en una historia fabricada tendenciosamente escrita que consume la enjundia de la nación. A menudo le acompaña a la ciencia en su camino penoso su sombra, la pseudo-ciencia. No podemos exigir de la ciencia auténtica que sea desinteresada, puesto que ya el buscar a la verdad significa un interés en si. La ciencia dirigida tampoco es necesariamente ninguna pseudo-ciencia puesto que la dirección puede tender precisamente a la verdad. Si falta esta dirección puede resultar a menudo una erudición ajena al mundo y desorientada sin utilidad. El valor de la dirección depende de su base ética. Más se puede suponer que siendo el motivo malo sin embargo la dirección puede ser buena y viceversa. Sería un error estigmatizar ya de antemano una investigación dirigida con responsabilidad ética, pues hay épocas en las que la cultura o la dirección determinada de la ciencia son las únicas capaces de salvar a la nación que yerra por caminos del error. Sobre esto ya he llamado la atención a menudo.

Sería un gran peligro biológico para la nueva Europa y también para nuestra patria si faltase la eugenesia o fuese dirigida equivocadamente. Acaso a veces es una suerte que la dirección en si no sea un elemento decisivo y que el patrón lo mismo que otros efectos concomitantes entren en cuenta igualmente. En cambio para el porvenir inmediato también es sumamente importante la dirección en si, porque puede asegurar el destino de un pueblo lo menos para una generación o lanzarlo al abismo, poniendo en juego de este modo acaso a todo su porvenir.

Llego al final de mi conferencia. De ningún modo la miro como una explicación profesional, pues en ese sector solo puede presentarse el especialista que posee el poder ejecutivo correspondiente. Pero también este poder tiene dos caras lo mismo que el dinero. Poder significa la salud y moralidad hereditaria de las distintas naciones y razas y poder significa al mismo tiempo el Estado que conduce justamente a la nación por los caminos abiertos por la ciencia hacia un porvenir mejor. La precaución humana solo puede cambiar lo precedente donde racialmente no se puede hablar de un pueblo uniforme y como casi toda Europa pertenece a esta categoría precisamente por esta razón debemos esforzarnos por conjurar a tiempo este peligro.

**DR. THRAS. GEORGIADIS, ATENAS:**

## **Música occidental**

Quien contempla la situación de la música dentro de la cultura occidental halla dos rasgos característicos:

Por un lado encuentra a la música como potencia arraigada en el instinto, como una componente esencial de nuestra esfera de experiencia y de manifestación, siendo divulgada en todas las capas sociales, aunque no siempre conscientemente. Para darse cuenta de esto solo hace falta recordar por ejemplo al efecto físico-motor que surte en nosotros el ritmo de una marcha indicado en un gran tambor.

Por el otro lado el observador halla a menudo, por ejemplo en círculos espirituales más dedicados a la literatura o a las artes plásticas, un menosprecio frente a la música como arte verdadero, como medio de comunicación de una realidad netamente espiritual.

¿A qué se debe esta contradicción? ¿O no se trata de ninguna contradicción, sino de una confirmación de la observación primera por la segunda — en el sentido de que la música (como potencia más bien material y que guarda mayor afinidad con los instintos) no abarca la posibilidad de una purificación puramente espiritual, de una plasmación realmente creadora y solo se adapta a la expresión de lo vago, indistintamente sentido? — Merece la pena penetrar en este problema.

Los muchos aficionados a la música están fascinados por ella como potencia arraigada en lo generalmente humano. Estos son los visitantes fieles, fervientes e incansables de la ópera y de la sala de concierto que con interés apasionado escuchan sus obras predilectas dejándose envolver y arrastrar por la corriente del sonido. Para la mayoría de ellos la emoción musical significa un gozo que los colma por completo de modo que no se trata para nada de una orientación conscientemente espiritual. Entre ellos también cuentan en general los aficionados que cultivan la música con entusiasmo lo mismo que la mayoría de los músicos profesionales. También en este caso el criterio decisivo para la belleza de la música que ellos hacen resonar es la sonoridad arrastrante de la corriente del sonido y su capacidad de emocionar a los oyentes casi físicamente. Se entiende por sí que también haya obras de música que correspondan perfectamente a tal orientación. Ahora lo que importa es que este tipo moderno del aficionado a la música existe en todas partes y muchísimo mayores que las poseen otros círculos culturales de la forma una capa uniforme y unida, cuya unidad y divulgación son

sociedad como los de los amigos del arte, los de los aficionados al teatro o a la literatura. Por lo menos desde el siglo 18 el aficionado a la música es un personaje sumamente característico y respetable del Occidente, inseparablemente unido a nuestra cultura. Es tan típico para Viena o París, para Berlín o Milán pero también para las ciudades más pequeñas e incluso minúsculas que un cuadro de nuestro Occidente en el que faltase parecería desfigurado. Además para completar la imagen social musical junto a la armoniosa capa aquí descrita de los consientemente amantes de la música se debe recordar el gran papel que a la música se permite desempeñar en la vida cotidiana (por ejemplo como música de marcha, de baile, de distracción, de iglesia y como canto).

A este efecto irresistible de la música y a la orientación de los muchos aficionados a ella que de ahí resulta y que vacila en la alternativa entre lo espiritual y lo sentimental es debida la actitud escéptica de aquellos círculos conscientemente espirituales mencionados al principio. Ahora ¿cómo es? ¿Por su potencia impetuosa y su gran divulgación debería la música renunciar realmente a la exigencia de abarcar realidades espirituales, «eternidades», por lo menos a la de abarcarlas en tan alto grado cual lo consiguen las demás artes?

Aquellos que sostienen tal opinión admiten a lo sumo esa música en la que no se exprese mucho la potencia mencionada que llega hasta lo instintivo y se apartan asustados de las obras en las que esta parte también llega a efectos fantásticos y embrigadores. En general solo aprecian obras más antiguas (hasta las del siglo 18 más o menos). Pero también a estas las comprenden a menudo de un modo raro que al músico verdadero le parece soso y descolorido. Sin embargo instruidos por una experiencia de esa índole hacen constar — muchas veces con razón — que estas obras no llegan a ese profundo fondo espiritual al que sabe conducirnos un gran poeta o un pintor como Leonardo da Vinci. Según su opinión solo condicionadamente positiva niegan a la música la capacidad de crear obras de arte auténticas y perfectas en todos los sentidos. Pero justamente eso es un razonamiento equivocado: pues la obra de arte musical auténtica, completamente desarrollada necesita ese poder impetuoso e incondicional sobre el hombre, incluso consiste en él una de las calidades esenciales de la música que en cierto modo incluso es inherente a la composición espiritualizada del cuarteto. Desde siempre la música encierra en si esta componente, también en los tiempos en los que el arte musical aun no había alcanzado la independencia y significación espiritualizada actual, por ejemplo

en la antigüedad. Esta parte es principalmente la que favorecida por el desarrollo independiente de la música occidental hacia una evolución mayor surte un efecto tan profundo en la masa de los aficionados a la música antes descritos, sin excluir sin embargo la parte espiritual de la obra de arte musical o sin perjudicarla siquiera. Al contrario — y esto es justamente lo característico de nuestra cultura musical occidental; en un desarrollo más que milenario, continuo y progresivo que no tiene igual en la historia universal, ha sabido unir a las componentes conscientemente «materiales» un máximo de espiritualidad para plasmar de este modo soluciones armoniosas. Estas soluciones siempre peculiares forman cimas independientes y destacadas que surgiendo en círculos culturales cada vez distintos representan sin embargo un desarrollo ininterrumpido y armonioso en la historia de la música del Occidente — cimas como las fueron alcanzadas en París en los siglos 12 y 13, en los Países Bajos en los siglos 15 y 16, en Italia en los siglos 16 y 17 y en Alemania en los siglos 17 y 18 y a principios del siglo 19. Lo original de la música occidental — sobre todo en el punto culminante del camino antes indicado o sea aproximadamente en la época entre 1700 y 1828 — es la envergadura inmensa que hay entre lo elementalmente instintivo y lo más espiritual, la mezcla extraña de estas componentes que otorgan a la música el énfasis y la espontaneidad particular. Únicamente el arte musical del Occidente ha sido capaz de poner al servicio de la suprema realidad espiritual todo el vigor «mago» inherente a la música que emociona al hombre íntegro. Este arte ha optado incondicionalmente por tales potencias, dominándolas de este modo en vez de someterse a ellas según lo hiciera la música sin espiritualidad o no perfectamente espiritualizada, que solo condicionadamente aprovechó la realidad espiritual y el valor «mago»; véase la música de otras culturas. A la música más que a ningún otro arte le quedó reservada la posibilidad de emocionar y de impresionar a todo el hombre como condición para poder transmitir artísticamente el valor espiritual.

Entre el gran número mencionado de aficionados a la música resalta el pequeño círculo de sus verdaderos amigos que admitiendo a la música íntegramente comprenden precisamente esta particularidad, típica para su desarrollo occidental: esta revelación disimulada por el encanto del sentimiento y guardada cuidadosamente, revelación de los más profundos misterios espirituales. Esto determina su carácter que acaso se puede mirar como el producto más perfecto de la cultura occidental en general.

*DR. WERNER MEYER, SCHAFHOUSE, SUIZA:*

## El imperativo europeo

Casi nunca hemos tenido tan presente la comunidad de destino europea como durante la época transcurrida desde el 22 de junio de 1941. Desde aquél día ya no se trata de destinos nacionales aislados y tampoco de una Europa antigua o nueva, sino del auto-mantenimiento europeo mismo. Una victoria del bolcheviquismo no solo borraría a las distintas naciones sino haría desaparecer a Europa como conjunto.

Ocurre algo especial con el europeísmo:

El Asia, América, Africa y Australia existen como continentes por su forma geográfica. Simplemente son y cada profano puede reconocerlos en un globo como individualidades; solo una catástrofe de la naturaleza de grandísima envergadura podría suprimirlos.

En el fondo, desde el punto de vista geográfico, es una osadía que Europa quiera ser un continente aparte. Contemplándola en un globo no es otra cosa que una península occidental muy subdividida del Asia, pero geográficamente menos separada de este continente de lo que lo es por ejemplo la Indochina con el grupo de penínsulas y de islas malayas.

Europa debe su existencia particular no tanto a hechos geográficos que a una obra histórica continua: la lucha defensiva contra el Asia Central. Incluso se puede ir más lejos diciendo: Somos europeos a igual medida que no seamos habitantes del Asia Central. La conciencia europea se ha formado en una lucha defensiva continua contra lo asiático, siendo absolutamente posible que ahora bajo conducción japonesa se opere un proceso similar de individualización y de separación del espacio central asiático en el Sur-Este del Asia. — Europa dejaría de existir en el momento en el que sus pueblos ya no serían capaces de realizar la gran tarea de la defensa contra el Este.

Los grandes hechos históricos que han quedado inculcados en la conciencia de las naciones europeas casi siempre estuvieron relacionados con luchas contra el peligro oriental: La heroica lucha defensiva de los griegos contra el imperio de Persia resplandece sobre toda la antigüedad; las batallas contra los hunos se reflejan en el tema de la leyenda más grande de la Edad Media alemana, en el Cantar de los Nibelungos; la defensa de Viena contra los turcos y las campañas del Príncipe Eugenio han penetrado más



profundamente en la conciencia de los contemporáneos y de la posteridad que por ejemplo las campañas simultáneas de Luis XIV contra el imperio de Habsburgo. Y la hora del cambio de fortuna de Napoleón también dió en el Este con el incendio de Moscú.

En la historia europea siempre ha vuelto haber épocas de tranquilidad relativa en el Este; sea que los amenazadores invasores habían sido derrotados como los hunos o las hordas de Chingiscan o sea que en el Este mismo se haya efectuado cierta purificación y estabilización como las representaba por ejemplo el imperio zarista en el siglo 19. Durante tales épocas las naciones europeas podían abandonarse a su individualismo nacional, podían disfrutar de sistemas de equilibrio continental interno y librar sus guerras recíprocas. Así como la Grecia antigua después de vencer al peligro persa se ha dedicado a la Guerra de Peloponeso.

Pero a tales períodos siempre han vuelto a seguir épocas de peligro eminente en las que todo estaba en juego, en la que Europa amenazada en su totalidad devino un imperativo categórico ante el que toda *discordia* interior tenía que desaparecer como una *traición* cobarde.

Para ello son característicos los sucesos a mediados del siglo 5. El siglo de oro del Imperio Romano había pasado, su espacio fué invadido por los jóvenes pueblos germánicos. Parecía que el Occidente recaería en un proceso de individualización interior absoluta. Entonces el ataque de los hunos puso en sumo peligro a todo el mundo occidental. Pero en este momento se realizó también una unión europea difícil de sospechar: El último ejército romano capitaneado por Aetio, reunido con la convocación visigoda y con los elementos auxiliares borgoñeses-francos, venció a los hunos en los Campos Catalaunicos. Eso fué en el año 451. Poco después murió Attila y el imperio huno volvió a desmoronarse.

Romanos y germanos unidos habían hecho frente común contra la gran amenaza del Este. El mundo occidental se mantuvo en una lucha hecha por todos. Por eso también el imperio que estaba por reconstruir solo podía tener un carácter europeo.

Cuando en el día de Navidad del año 800 Carlomagno recibió la corona imperial el antiguo imperio romano — que abarcaba al espacio de todo el Mediterráneo — se había transformado en imperio europeo.

Las energías sobrenacionales, comunes a toda Europa siempre han llevado las grandes luchas defensivas contra los enemigos y opresores de Europa. Hoy en día se hace la guerra contra el

bolcheviquismo por la idea de comunidad europea nuevamente surgida.

Europa es una gran comunidad de destino que como toda otra comunidad natural, la propia familia o la propia nación, solo se puede o reconocer o traicionar.

Sin embargo nuestro continente no solo conoce la idea de la autoridad europea sino también la de la confederación. Si aquella expresa la *unidad*, esta expresa la *multiplicidad* ordenada.

El proceso interior de individualización que Europa ha atravesado durante la época del Estado nacional hace falta reconocerlo como un hecho. En esta temporada las naciones europeas han hallado su propia conciencia, conciencia basada en la particularidad del idioma, de la tradición y del modo de vivir de los distintos pueblos, que no es posible borrar otra vez y que tampoco se debe borrar. Cada nación europea tiene su historia, sus luchas y batallas, su dicha y su pesar pasados, sus héroes y sus mártires. Las fronteras europeas no han sido trazadas alguna vez con la regla en un mapa como las de Norte-América o las de Australia, sino que son el resultado de luchas a menudo seculares.

En todos estos hechos imborrables consiste el destino europeo; hay en ellos mucho de grande y de sublime que a pesar de todos los sufrimientos que hayan acarreado no quisiéramos cambiar por la trivialidad norte-americana. Pero también hay en ellos algo inquietantemente demoníaco. Los héroes y los mártires de las naciones europeas no solo a menudo ponen de manifiesto la grandeza de su propia nación sino también la desunión europea. Muchas veces nos parece como si del punto de vista europeo tendríamos que temer más a los muertos que a los vivos.

Esto demoníaco no se deja conjurar solo a fuerza del poder, por glorioso y brillante que sea.

Ahi está ahora la idea de la confederación que por encima de la limitación lleva a la comunidad.

El Estado nacional tal como es típico para la Europa del siglo 19 era la encarnación de un concepto de soberanía absoluta. Únicamente reconoce a la soberanía del propio Estado sin compromisos superiores. Esta exigencia de soberanía absoluta es por su naturaleza enemiga de la comunidad. Por eso también es significativo, que el primer Estado europeo que plasmó el concepto de soberanía absoluta, Francia, también haya sido el primer Estado que se ha aliado contra Europa con una potencia entonces extra-europea, la Turquía. En el siglo 19 el equilibrio de fuerzas devino un axioma de toda política antieuropea de los Estados nacionales europeos.

Contrasta con este mundo de ideas el concepto de la confederación. En una confederación la soberanía de cada Estado queda limitada por la soberanía superior de la *comunidad*, sin que por eso la primera fuese completamente suspendida. El miembro de la confederación queda conservado como individualidad estatal y nacional pero clasificado dentro de una comunidad superior. La idea federal reemplaza la soberanía absoluta del Estado nacional de carácter europeo occidental por una jerarquía graduada de los círculos de la comunidad. En las postremerías del siglo 19 Francia por ejemplo solo conoce como comunidad a la República una e indivisible; esta excluye lo mismo toda otra comunidad inferior como ayuntamiento y provincia — y por último hasta la familia — como no admite ninguna vinculación superior. Individuo y nación quedan conservados como polos únicos. En cambio el orden federal significa una jerarquía de comunidades. La comunidad inferior no queda absorbida por la superior, sino se la conserva como tal con todos sus valores. Tradición y cultura de la comunidad más pequeña no son afectadas por la unión en una confederación.

Por lo tanto el orden federal es tan apropiado como quizás ningún otro a juntar espacios mayores pero interiormente muy divididos, a conciliar antagonismos, respetar particularidades y fecundar la vida en todos sus sectores. De principio la comunidad mayor se encarga únicamente de los problemas que las unidades más pequeñas no sean capaces de solucionar o de solucionar tan bien. Así se evita una centralización exagerada que amortecería a la iniciativa y a la responsabilidad.

La confederación de las naciones europeas es una necesidad vital para Europa. Un espacio que en el fondo representa *una unidad espiritual* queda plasmada por esta confederación en una unidad de destino inevitable que ya hoy en día tienen presente los mejores de todas las naciones y que acaso mañana ya será la reveladora de los valores supremos renovados del espíritu humano. Es capaz de triunfar del demonio del aislamiento y de la desgracia que ayer todavía hizo de Europa el escenario de las más sangrientas luchas fratricidas.

La nueva Europa retendrá a las fuerzas centrífugas y por la conciencia de los valores *comunes* en todos los sectores de la vida llegará a una grandeza desde la que contemplará al pasado solo como a un *desarrollo* de su idea suprema, la idea de su unidad inevitable.

Las manifestaciones de esta idea determinarán de un modo decisivo al porvenir europeo.

# El asalto del Asia Central

## UNA PROCLAMA EUROPEA

Un pueblo de raza y de un modo de vivir bárbaros, cuyo origen y cuyos domicilios primeros desconocemos y que llaman tártaros, ha salido de los más apartados países sud-orientales del mundo, después de haber vivido mucho tiempo escondido bajo un sol ardiente, dirigiéndose entonces hacia el Norte, apoderándose a la fuerza del país en el que permaneció durante una larga época, multiplicándose como las langostas, y no sin providencia justa del Señor fué mantenido allí hasta nuestros días para castigo y mejoramiento de su pueblo; ¡que no sea para ocaso de la cristiandad entera!

La consecuencia de esto era un homicidio general, la destrucción de todos los imperios y la devastación de todas las regiones fértiles que aquél pueblo sin Dios atravesara, pues no respeta ni al sexo, ni a la edad, ni a la dignidad y se cree capaz de aniquilar a todo el resto del género humano, porque desea gobernar él solo por su poder y su número excepcionales.

Después de haber matado o hecho prisionero a todos los que se presentaban a sus ojos y dejando tras de sí una miseria general llegaron a la colonia populosa de los cumanos junto al Mar Negro. Y estos tártaros, descendientes del Tártaros, que no respetan a la vida, para los que arcos, flechas y dardos son armas acostumbradas que emplean todos los días — sus brazos son más fuertes que los de otros hombres — vencieron y dispersaron completamente a los cumanos y todos los que no se salvaron por la huida fueron degollados por su espada ensangrentada. De pronto aparecen para asesinar y para hacer botín.

Había quedado completamente desatendido lo que debiese haber servido al vecino imperio de los húngaros para armarse y fortificarse. Por mensajeros y por cartas los tártaros amonestaron al rey húngaro para que obtenga su indulgencia a precio de la rendición de su imperio y de su persona, si estimaba en algo su vida y la de los suyos.

Pero no asustado por esto dió orden a los suyos y a otros de protegerse cuanto antes contra el ataque de los tártaros. Más llegaron estos como una borrasca y los circundaron de pronto por todas partes. Sin embargo los húngaros, cercados inesperadamente y casi sofocados, decidieron ir a su encuentro sin estar preparados; y como solo se hallaban a cinco millas unos de otros — aquí el

## ERUDITOS EUROPEOS DEL RENACIMIENTO



Jean Clouet, 1490—1540

Retrato de un Erudito



Leonardo da Vinci, 1452—1519

Autoretrato

ejército de los tártaros, allá el de los húngaros — con el primer crepúsculo matutino las avanzadas de los tártaros penetraron de repente y cuando menos se esperaba en el vivac de los húngaros junto al río Sajó, rodearon y mataron primero al prelado y a los personajes más distinguidos del imperio que les hicieron frente, degollando después un sinnúmero de húngaros. Así este pueblo enemigo causó una matanza inaudita como no se la recuerda en ninguna batalla de los tiempos más remotos.

Pero con gritos de alegría los vencedores tomaron posesión del vivac y del botín de los vencidos; y mientras que devastaron quemando cada vez más a la parte mayor y mejor de Hungría al otro lado del Danubio, persiguiendo a los habitantes hasta la muerte, amenazaron en su insolencia de destruir también a los demás, según hemos sabido por el venerable Obispo de Waitzen que ha sido enviado como embajador del rey a Nuestra corte y de aquí a la corte romana. Este a quien su camino llevó primero a Nuestro imperio atestigua lo que ha visto y su testimonio es demasiado verdadero.

Igualmente hemos recibido noticias exactas por las cartas de Nuestro amado hijo Conrado, elegido Rey Romano, siempre Augusto y Heredor del Imperio de Jerusalén, lo mismo que por el Rey de Bohemia, por los Duques de Austria y de Baviera y también por boca del mensajero, que dada la proximidad del enemigo ha hecho él mismo experiencias, que no hemos podido oír sin profundo pesar.

Según dicen y según se ha sabido hasta ahora por la fama sobre lo ocurrido su ejército inmenso avanzó después de un consejo execrable en tres huestes funestas.

De este modo a cada uno le entró miedo y espanto ante la ira de los invasores, incitándole a la acción. Dada la inminencia del peligro el hacerles frente deviene una necesidad que exige que todos los soberanos del mundo y sobre todo los de la cristiandad ofrezcan cuanto antes defensa y auxilio: ¡Porque este pueblo trae la muerte y no conoce ni ley ni humanidad! Más tiene como caudillo a un señor, al que sigue obediente, al que respeta y llama el Dios de la Tierra.

De constitución física los hombres son bajos y rechonchos pero fuertes, anchos de espaldas, tenaces y aguerridos; atrevidos y sin temor se lanzan a cada peligro a la señal de su jefe. Su rostro es ancho, su mirada sombría, su grito terrible como su corazón. Llevan pieles sin curtir de bueyes, asnos y caballos que por chapas de hierro cosidas en ellas les sirven de corazas que han empleado hasta ahora.

Hemos ordenado terminantemente a Nuestro amado hijo Conrado y a los demás soberanos hacer frente a la invasión y al ataque de los bárbaros enemigos de un modo poderoso.

No se vanagloriarán impunemente de haber atravesado tantos países, de haber vencido tantos pueblos, de haber cometido tantas infamias, una vez que su destino imprudente o más bien Satanás en persona los habrá llevado hasta las águilas victoriosas de la Europa poderosa, para perecer allí donde Germania, acudiendo voluntariamente a las armas, Francia, la madre y protectora de valientes caballeros, la Hispania guerrera y atrevida, la Inglaterra fértil, rica en hombres y armada de navíos, Alemania colmada de combatientes impetuosos, la Dinamarca poderosa en el mar, Italia indomada, Borgoña que no conoce la paz, la Apulia agitada con las islas marineras invictas del Mar Greco, Adriático y Tirreno, Creta, Chipre, Sicilia, la Hibernia sanguinaria con las islas y los países que llegan al océano, la Escocia pantonosa con la Valonia ágil, Noruega helada y todo país noble y glorioso bajo el cielo occidental enviarán ávidos de gloria a sus caballeros elegidos, capitaneados por la bandera de la cruz, portadora de la vida, que no solo temen los hombres rebeldes sino también los demonios enemigos.

---

*Cabo H. F. Frederiks, Legión voluntaria de los Países Bajos envía los renglones siguientes a la «Joven Europa»:*

*Durante mi servicio invernal en el este contraí una dolencia de la que hoy me hallo bastante repuesto gracias a los cuidados médicos. Aunque en el porvenir seré achacoso a causa de la enfermedad no me arrepiento de haber presenciado los acontecimientos imponentes de la lucha en el Este. Deseo a todo compatriota o europeo abogando aun por el bolcheviquismo que llegue a conocer por su propia experiencia al «paraiso de los obreros y de los campesinos». Si ya antes de mi servicio creía en el gran Führer de Alemania, en el Este mi fe se ha afirmado todavía. Precisamente como estudiante he llegado a la convicción que con la lucha común de la juventud europea contra el bolcheviquismo se echa el cimiento de la nueva Europa.*

*Esperando que esta nueva Europa devenga bien pronto realidad quedo con saludos de camarada*

*su H. F. Frederiks  
Estudiante de Historia  
en la universidad de Utrecht.*



## **Organización y valores intrínsecos del Estado**

Si todo hombre nace en sociedad, sin duda que no nace enteramente libre, sino sujeto a alguna especie de autoridad, cuyos dictados debe obedecer; sin duda que no nace enteramente igual a todos sus consocios, pues que no pudiendo existir sociedad sin jerarquía, ni jerarquía sin orden gradual de distinción y superioridad, la desigualdad no solo es necesaria, sino esencial a la sociedad civil. El axioma pues de que todos los hombres nacen libres e iguales, tomado en un sentido absoluto, será un error, será una herejía política; pero será cierto y constante en el sentido relativo al carácter esencial de la asociación política; es decir: primero, que todo ciudadano será independiente y libre en sus acciones, en cuanto éstas no desdigan de la ley o regla establecida para dirigir la conducta de los miembros de la sociedad; segundo, que todo ciudadano será igual a los ojos de esta ley, y tendrá igual derecho a la sombra de su protección; será igual para todos, así en gozar de los beneficios de la sociedad, como igual la obligación de concurrir a su seguridad y prosperidad. Tal es el carácter de la perfección social; no aquella perfección quimérica, cuya idea ha causado ya tantos males y tantos errores, sino aquélla que teniendo por objeto la plena y constante preservación de los derechos sociales, produce a un mismo tiempo la felicidad de los estados y de sus miembros. Pero estos derechos sociales, aunque derivados de la naturaleza, no deben suponerse tales cuales los tendría el hombre en una absoluta independencia natural, sino tales cuales se hallan después de modificados por la institución social en que nace. Ni esta modificación debe ser arbitraria, sino señalada y determinada por las relaciones esenciales del Estado, resultante de la asociación con sus miembros, de éstos con el Estado y de los mismos entre sí.

La virtud primordial del hombre civil es el amor público. Él es el verdadero apoyo de los estados, porque el sol puede dar a la acción de sus miembros una continua y constante tendencia hacia la común felicidad. Por el amor público son perfectamente mantenidas todas las relaciones, preservados todos los derechos, desempeñados todos los deberes y alcanzados todos los fines de la

institución social. Acercando a los que mandan y a los que obedecen, él es que establece la unidad civil y dirige uniformemente la acción de todos al término que conviene a aquellos fines. Por él cada individuo aprecia la clase a que pertenece y cada clase los deberes y funciones que le son atribuidos. De él nace el respeto a la constitución, la obediencia a las leyes, la sumisión a las autoridades constituidas y el amor al orden y a la tranquilidad. En fin, él es que obtiene del interés particular todos los sacrificios que demanda el interés común y hace que el bien y prosperidad de todos entre en el objeto de la felicidad de cada ciudadano.

El hombre vale lo que sabe; pero no vale más el que sabe más, sino el que sabe mejor. Aquél podrá tener mayor número de ideas; pero éste le tendrá mayor de ideas buenas y estas valen más que aquéllas. La bondad de las ideas tiene dos solas medidas: primera, la verdad; segunda, la utilidad.

Un pueblo libre y alegre será precisamente activo y laborioso y siéndolo, será bien morigerado y obediente a la justicia. Cuanto más goce, tanto más amará el gobierno en que vive, tanto mejor le obedecerá, tanto más de buen grado concurrirá a sustentarle y defenderle. Cuanto más goce, tanto más tendrá que perder, tanto más temerá el desorden, y tanto más respetará la autoridad destinada a reprimirle. Este pueblo tendrá más ansia de enriquecerse, porque sabrá que aumentará su placer al plazo que su fortuna. En una palabra, aspirará con más ardor a su felicidad, porque estará más seguro de gozarla. Siendo pues éste el primer objeto de todo buen gobierno, ¿no es claro que no debe ser mirado con descuido ni indiferencia?

La instrucción de los pueblos fué entre los sabios de la antigüedad el primer objeto de la legislación. Desde Confucio a Zoroastro y desde Solón hasta Numa Pompilio, cultivar el espíritu y formar el corazón de los hombres fué el grande fin de las instituciones políticas. Leed los fragmentos de sus leyes y los hallaréis más henchidos de máximas de educación que de reglamentos de policía. Todas se dirigen a engrandecer las almas y si algunas a perfeccionar las facultades físicas del cuerpo, endureciéndole y acostumbrándole a la agilidad y a la fatiga, era solo para arraigar en los ciudadanos aquellas dos grandes virtudes sobre que descansan los estados: el valor, como el primer apoyo de la seguridad pública y el amor al trabajo, como primera fuente de la felicidad individual.

Tal era entonces, tan sencillo y sublime el carácter de la sabiduría. La moral pública y privada era su único objeto. Este solo estudio ilustró a tantos hombres célebres, éste sólo mereció

la aplicación y vigilios de tantos legisladores y filósofos; por él fueron afirmadas y ennoblecidas las antiguas repúblicas, por él exaltadas las almas de sus ciudadanos; y por él engrandadas aquellas altas virtudes que arrebatan todavía nuestra admiración.

Entre todas las profesiones es la del magistrado la que puede sacar más fruto del estudio de la historia. Él debe por su ministerio gobernar a los hombres. Para gobernarlos es menester conocerlos y para conocerlos estudiarlos. ¿Dónde, pues, se podrán estudiar los hombres mejor que en la historia, que los pinta en todos los estados de la vida civil: en la subordinación y en la independencia, dados a la virtud y arrastrados del vicio, levantados por la prosperidad y abatidos por la desgracia? Por otra parte, ¿qué otro estudio tiene tanta relación como la historia con la ciencia del jurisconsulto?

¿Es la instrucción pública el primer origen de la prosperidad social? Sin duda. Ésta es una verdad no bien reconocida todavía, o por lo menos no bien apreciada; pero es una verdad. La razón y la experiencia hablan en su apoyo.

Las fuentes de la prosperidad social son muchas; pero todas nacen de un mismo origen, y este origen es la instrucción pública. Ella es la que las descubrió y a ella todas están subordinadas. La instrucción dirige sus raudales para que corran por varios rumbos a su término; la instrucción remueve los obstáculos que pueden obstruirlos, o extraviar sus aguas. Ella es la matriz, el primer manantial que abastece estas fuentes. Abrir todos sus senos, aumentarle, conservarle es el primer objeto de la solicitud de un buen gobierno, es el mejor camino para llegar a la prosperidad. Con la instrucción todo se mejora y florece; sin ella todo decae y se arruina en un estado.

---

## Responsabilidad europea

*Europa está entre América y Rusia; la situación se encuentra agravada por el hecho, que en Europa Francia se ha hecho apoderada y aliada de Rusia, sin comprender su propio porvenir, y que Inglaterra solo en segundo término se siente como potencia europea; por lo tanto no con seguridad se la puede poner en cuenta para la política de Europa. La perfidia de la política inglesa, proverbial desde hace tiempo, se explica por la condición de la cosas.*

*Paul de Lagarde,  
Escritor y filósofo alemán,  
1827—1891.*

## **Principios sobre la formación de la vida**

Para poder emplear bien y provechosamente las calidades de nuestro carácter son precisos una voluntad, un saber y una capacidad consecuentes, circunspectos y deliberados. Una voluntad valiosa se basa en una fuerza de resolución generosa, siempre intachable y tan firme como infatigable. Para poder disponer de una capacidad que corresponda a los deberes exigidos de nosotros se supone con razón que en las distintas situaciones de la vida contemos con una salud física suficiente lo mismo que con la base de unos ingresos materiales regulares y que no en último lugar tengamos el tiempo necesario para nuestras acciones y nuestros trabajos. Pero a estas condiciones es indispensable añadir todavía los valores de las virtudes naturales del carácter.

Puntualizando aun hay que decir lo siguiente sobre esto:

Si alguien quiere esforzarse con éxito por adquirir un saber ventajoso entonces no puede hacerlo al acaso sino solo cumpliendo con requisitos bien determinados que tiene que exigir de si mismo. Como es posible esto ya se aprende a menudo por libros valiosos que fueron escritos para allanar los caminos hacia el saber verdadero en los distintos sectores de la cultura intelectual. Naturalmente tales obras no deben ir dirigidas únicamente a la inteligencia sino por ellas hemos de llegar a una comprensión realmente profundizada de las coherencias, de modo que seamos habilitados para responder de nuestras propias acciones. Además importa entrenar y mantener nuestro cuerpo en todo lo que a él se refiere para que nos sirva solícito pero sin contribuir a la decisión de un modo inadecuado. Pero ante todo es preciso que el Todopoderoso otorgue a nuestras empresas circunstancias favorables para hacer posibles las obras a las que aspiramos. Sino sería demasiado fácil que nuestro saber, nuestra voluntad y nuestra capacidad quedasen sin valor. Y pequeños acontecimientos inesperados más fuertes que nosotros podrían ser ya la causa de que fracasen nuestras buenas intenciones.

Para conseguir el fin del modo explicado vamos a reunir en pocas palabras cinco puntos que nos servirán de norte.

Primero: Ante todo necesitamos la ayuda del Todopoderoso.

Segundo: ¡Para poder mantenernos honrosamente en la vida debemos estar dispuestos a realizar acciones heroicas en tiempos de guerra y a ambicionar la virtud y el saber en tiempos de paz!

Tercero: Hace falta cuidar de que vivamos de un modo inmejorablemente sano. Eso se puede conseguir por regularidad y moderación en el comer y en el beber. Además por una distribución bien equilibrada del trabajo y por un recreo suficiente después del esfuerzo hecho. Se entiende por sí que jamás deben faltar prudencia y energía; pero todas las preocupaciones deben quedar limitadas a proporciones razonables, aun cuando el disgusto y el pesar crucen nuestro camino. ¡Si alguien estuviese atormentado por enfermedades físicas debe buscar el consejo de médicos aptos pero cumpliendo también con sus reglamentos!

Cuarto: Está en el interés de todos que una mano previsora se ocupe de las distintas capas de un pueblo, de las regiones diversas y sobre todo de la economía de abastecimientos. Eso se consigue aprovechando prudentemente las posibilidades que se nos ofrezcan y avanzando laboriosamente de progreso en progreso según sea ventajoso para el individuo. En esto naturalmente ingresos y gastos siempre deben de hallarse en relación ordenada.

Quinto: Si queremos vivir contentos entonces debemos manifestar naturalmente un carácter noble en toda nuestra conducta. ¡No nos dejemos influenciar por contrariedades que ocurren o por enojos, disgustos y escenas deplorables que cada cual puede experimentar alguna vez! En cambio seamos por principio deliberados al hablar y siempre alegres.

Todos los que toman a pecho lo dicho en los cinco puntos serán hombres juiciosos, distinguidos, inteligentes y bien considerados. Si alguien solo realizaría una parte de ello naturalmente no podrá hallar más que el elogio correspondientemente limitado que sin embargo no le debe ser escatimado. Pero se debe tener en cuenta que la relación con Dios hay que aquilatarla aparte; pues únicamente de ahí la conducta general recibe su valor decisivo.

## El instrumento de la voluntad divina

Ningún pueblo histórico llegó jamás a un nuevo florecimiento a fuerza de discusiones y de resoluciones ni tampoco venció de este modo grandes peligros. Todas las naciones deben siempre su grandeza a las inspiraciones del genio humano.

El genio es valeroso pues quien no arriesga nada no realizará jamás grandes acciones. El genio sostiene las verdades una vez comprendidas por él ante el mundo entero, aunque estas contradigan a la opinión general y no sean comprendidas por la masa. Al genio le está dado comprender cosas por el pensamiento que los demás solo sienten vagamente. La ignorancia de la muchedumbre lleva a calamidades que el genio no puede eliminar sin hallarse en contradicción con las distintas opiniones y está obligado a declarar la guerra a su siglo.

El genio conoce a su vigor y al vigor de la verdad por la que lucha. Los hombres grandes confían en si mismos y esta confianza propia nace del sentimiento del propio valor y de la conciencia de su energia.

El genio es libre e independiente. Su propio yo o mejor dicho la idea que le anima le hace conocer su valor. El poder del genio no depende de la opinión pública. No es el siglo el que le da la fuerza de actuar. El dominio del genio se basa en si mismo.

El genio dirige su mirada hacia la verdad y hacia lo sublime. Por eso es maestro y no discípulo, caudillo y no acaudillado, señor y no subordinado.

El genio es inventor, investiga sin descansar, penetra hasta el fondo de las cosas y se alegra de los valores ideales, sobrenaturales.

El genio se parece a un profeta llamado a ejecutar la voluntad divina.

El dominio del genio es severo pero no despótico. Por algún tiempo se le hace frente, entonces se le aguanta gustoso; pues la humanidad queda vencida por la verdad que es inherente a las leyes del genio. Esta verdad es la voz de Dios a la que los hombres no pueden resistir a la larga. El genio siente afección por el pueblo y le anima la idea de servirle solícitamente.